

Selección TERROR

Ralph Barby

BROMA DE CARNAVAL

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

550 — Yo compré un castillo, *Ralph Barby*.
551 — El cuervo rojo, *Clark Carrados*.
552 — El faro del terror, *Joseph Berna*.
553 — Sangriento carnaval, *Curtis Garland*.
554 — El reino de los infiernos, *Lou Carrigan*.

RALPH BARBY

BROMA DE CARNAVAL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 555
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.360 - 1983
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Tuvo que encender los faros del «Volkswagen»; se había hecho de noche mientras rodaba sobre el asfalto en dirección a los viejos muelles.

Aquel automóvil, popular en Alemania, rodaba bastante bien si no se pretendía hacerlo competir con otro que hubiera sido matriculado dentro del último lustro, ya que el escarabajo de Red Freeman había salido de fábrica por lo menos tres lustros antes, lo que parecía importar muy poco a su propietario.

Si aquel «Volkswagen» lo encerraban en un local sin ventilación, el recinto olía de inmediato a aceite y gasolina, pero puesto en la calle, apenas se notaba y, por contra, tenía un cierto calor interior, un algo de exotismo y un mucho de rebeldía frente a los imponentes automóviles norteamericanos que al verle, le rebasaban, gastando combustible a chorros para mirarle despectivos y humillarle, lo que no era fácil, porque quien iba al volante no era otro que Red Freeman.

Red Freeman era un estudiante universitario muy cualificado pero con muchos problemas en los despachos de los rectorados.

Vestía simplemente unos pantalones vaqueros, botas tejanas, labradas, de tacón alto, que aún lo hacía parecer más alto de lo que era y luego, un jersey largo y negro que hacía mucho tiempo que no había sido introducido en una lavadora.

Los ojos de Red Freeman eran azul fuerte; por contra, su abundante pelo, el bigote y la barba, todo ello rizado, eran rojos. Red Freeman masticaba chicle de menta y, de cuando en cuando, tarareaba alguna canción que nadie comprendía.

Pese a lo que pudiera parecer, el «Volkswagen» rodaba rápido porque pese a ser un estudiante de Letras, tenía la habilidad en la mecánica del motor, y el corazón del escarabajo rodaba ligero y rápido.

Si a ello se unían las limitaciones impuestas por las señales de tráfico, Red Freeman conseguía, en muchas ocasiones, mantenerse detrás de los orgullosos y aparatosos automóviles de la industria norteamericana. Al principio, quienes los conducían, sonreían al verle detrás por el espejo retrovisor. Cuando lo seguían viendo al cabo de un rato, sin perderlo, pese a quemar galones y más galones de gasolina, comenzaban a molestarse.

Pisaban en exceso el acelerador y Red Freeman acababa rebasándolos cuando ellos eran detenidos por un agente de tráfico que les imponía una sanción.

El claxon nada fino del escarabajo soltaba un par de bocinazos incordiantes, tras dejar atrás al infractor y Red seguía adelante con su vetusto «Volkswagen», exponente de autosatisfacción y rebeldía frente al consumismo desaforado de aquellos que creían que si no se cambiaba anualmente de modelo de automóvil, uno quedaba anclado en el subdesarrollo.

Ya en los viejos muelles, al sur de Miami, divisó el pequeño barco con pretensiones de yate de lujo y con muchas guirnaldas de bombillas que ardían luminosas por encima del paquebote y que iban desde la proa a lo alto del mástil de señalizaciones. Desde esa altura, volvían a descender hasta la popa.

También estaba profusamente iluminada la gran cubierta de proa que ocupaba, por lo menos, la mitad de toda la superficie superior de la embarcación que no tendría más allá de cuarenta o cincuenta metros de eslora por unos siete u ocho de manga.

Sonaba una música suave y la noche era agradable dentro de lo que podía ser una noche invernal; noche de carnaval.

Los norteamericanos tenían poca tradición carnavalera, estaban a años luz de distancia de brasileños, alemanes o italianos, en dichos festejos, lo que no era óbice para que algunos lo celebrasen y en aquella ocasión, resultaba bastante original, porque la fiesta se llevaba a cabo a bordo de un yate.

La temperatura era primaveral para lo que podía opinar un ciudadano de New York o Chicago, que en aquellos momentos se estarían soplando las puntas de los dedos, helado por el frío de la calle y que no habían podido tomarse unas vacaciones de invierno en Miami Beach.

Los veinte grados permitían que una fiesta se celebrase en la cubierta de un yate atracado en los muelles. No era extraño hacer una fiesta en la cubierta de un yate, aunque sí lo era que esa fiesta fuese de carnaval, precisamente.

Red Freeman no era amigo de aquel tipo de fiestas, mas en una nota adjunta a la invitación que le habían remitido por correo, le habían informado de que estarían presentes Melvin Sullivan, propietario de una importante agencia de viajes, y el profesor griego Teodopulos.

En las fiestas de sociedad, Red Freeman no buscaba lamer las manos de los importantes en busca de cargos sustanciosos. En su mente bailaba el proyecto de un viaje a Grecia vía Italia, y quizá en aquella fiesta encontrara a algún tipo que estuviese metido en relaciones públicas de agencias de viaje, culturales. Tenía que trabajarse una plaza, si podía conseguirla, como asesor cultural de una agencia de viajes.

Se apeó, por fin, de su «Volkswagen» y escupió la pella de chicle de menta. Tomó la invitación y se dirigió a la pasarela custodiada por dos hombres vestidos de marino, con más galones que un almirante. Parecía que fueran disfrazados de almirantes sajones del siglo diecinueve.

Los vigilantes le observaron de arriba a abajo sin disimular su suspicacia.

—¿Su invitación? —pidió uno de ellos.

Cogió el tarjetón entre los dedos pulgar e índice de su zurda, poniéndolo a la altura de los ojos de los vigilantes.

—¿Conforme?

—Es que la fiesta es de disfraces —dijo uno de ellos.

Mirándose a sí mismo con sorpresa, Red exclamó: —¿Es que les parece poco disfraz el que llevo, con la barba y la peluca incluida, para el heredero de una fortuna dé cincuenta mil millones de dólares? —Señaló su vetusto auto

y añadió—: Con lo que me ha costado ese trasto para que hiciera juego...

Sin más, se metió en la pasarela, subiendo a la embarcación.

Se encontró frente a alguien que iba disfrazado de caballero medieval. Le dio unos golpecitos en el yelmo y preguntó:

—¿Es usted Sir Lancelot o Carlos V de Alemania?

El personaje alzó la visera del yelmo, dejándose ver.

—Soy Juana de Arco.

—¡Diablos, si es una belleza! Oiga, ¿cómo se puede mover, con todo eso que lleva encima?

La mujer dio tres o cuatro pasos. Después se volvió hacia Red Freeman y aclaró: —Es de plástico y no de acero. ¿Y tú? Vestir de hippy ya no está de moda.

—Yo he venido con el uniforme de diario. ¿Por cierto, no estaba de moda ahora, entre las hembras, vestirse de Eva?

—Es que a mí me gusta llevar la contraria, como a ti. Seguramente te habrán pedido que te disfraces y has venido como vas siempre.

—Entonces, seremos los rebeldes de la fiesta, Doncella de Orleáns —le dijo, inclinándose un tanto burlesco.

—No sé quién eres, pero no habrías hecho mal papel disfrazándote de pirata Barbarroja.

—Por cierto, no veo a mucha gente.

—Aunque hace temperatura primaveral, prefieren estar en el salón bajo cubierta. No hay calefacción, pero como no corre la brisa del mar, están más a gusto y hasta es posible que puedas encontrar hembras con poca ropa, si es lo que andas buscando.

—No ando como un conejo febril, estoy bastante compensado.

—¿Casado?

—Si lo estuviera no diría que estoy compensado.

—¿No crees en el matrimonio?

—Era una broma. ¿Vamos abajo? Ya que tu armadura es de plástico, podrás descender peldaños.

—Está bien, bajemos. La verdad es que yo no conozco a nadie; no sé por qué he venido.

—Seguro que tendrías algún motivo.

—Una invitación.

—Pues estamos iguales, yo también he venido por una invitación. Tú eres Juana de Arco, La Doncella de Orleáns, y yo Eric el Rojo, de Islandia. Te acabo de raptar, aunque la Historia haya omitido ese pasaje del rapto de Juana de Arco por Eric el Rojo.

Ella soltó una carcajada espontánea.

—¡Si no eran de las mismas épocas históricas!

—¿Y qué más da?

—Este yate parece un bodrio —opinó la chica.

—¿Un bodrio? —repitió, perplejo, mirando a su alrededor—. La verdad es

que no soy especialista en yates.

—Mi papá tuvo uno y sé cómo son.

—¿Tuvo, ha naufragado?

—Los impuestos le convencieron de que no valía la pena y además se dio cuenta de que se mareaba.

—De modo que eres una niña bien.

—Soy Juana de Arco, aunque habitualmente resida en Connecticut. ¿De dónde eres tú? No tienes acento de Florida.

—Nací en Idaho y casa fija, lo que se dice casa fija, no tengo. Cuando baje la temporada, me marcharé de Miami y volveré a Harvard.

—¿Universitario?

—Tengo que hacer unos cursillos de doctorado. La verdad es que gano las pipas aquí, dando clases nocturnas para adultos en la universidad de Miami y clases especializadas en el Barry College, para señoritas.

—Un profesor y con toda la barba —exclamó ella.

—Así me pago algunas cosas, soy independiente, y hasta juego en el equipo de la universidad.

—Yo vi un partido ayer noche.

—¿Te acuerdas, entre los equipos de jugadores de la universidad, el que...?

—Es que yo no sé quiénes eran unos y quiénes eran otros —le advirtió la chica con sinceridad, antes de que prosiguiera.

—Pues yo era de los que llevaban el casco amarillo.

—¡Ah, sí! Hubo uno que lo dejaron tendido después de enviar la pelota por encima de los palos.

—¿Y que luego se lo llevaron en parihuelas?

—Sí.

—Pues ése era yo.

—¡Uauh! ¿Y no te rompieron ningún hueso?

—No, sólo me machacaron el brazo, el páncreas y algo más, pero soy de fácil recuperación, ya lo ves. Como no soy profesional, no estoy ahora en una clínica de cinco estrellas rodeado de toaos los medios de información, esperando que diga: «Mamá, pupa.

La próxima vez me comeré a los malos».

La joven se rió y ambos descendieron por una escalera al salón donde había un nutrido grupo de gente bailando.

Las camareras que llevaban las bandejas eran diablesas con careta y rabo de demonio adosado a los shorts.

—Aquí hay casi tanta carne como en la playa, a la hora de ponerse a tostar.

La pseudo Juana de Arco, tras aquella observación, había mirado de reojo al alto pelirrojo que vestía con tanto descuido, sencillez y funcionalidad. No era un hippy ni pretendía serlo; era alguien al que, al parecer, le importaba un bledo lo que el prójimo opinara de él. Sin embargo, su estatura y sus anchos hombros delataban un gran vigor físico que hacía que lo que pudieran pensar de él, si era malo, no lo dijeran al alcance de sus orejas.

—Parece que aquí abajo sí hay ambiente.

No carecía de fundamento la observación de Red Freeman. Aquella especie de salón, decorado para la fiesta, tenía bastantes concurrentes que andaban de un lado a otro bailando o bebiendo de las copas que servían las diablesas en sus bandejas.

—Hay bastantes máscaras, será difícil identificar a la gente.

—Esa es la gracia de un baile de carnaval —le observó la joven, que seguía junto a él, embutida en su armadura.

—Pues me gustaría identificar a Melvin Sullivan. Si logro cruzar unas palabras con ese tipo, es posible que obtenga algo.

—¿Melvin Sullivan, el propietario de la USA-Mediterranean Tour Operator?

—Sí, ese sujeto que organiza viajes culturales y turísticos de yanquis al sur de Europa.

—Pues si le veo ya te diré quién es.

—¿Le conoces?

—Algo, es amigo de papá.

—Oye, tu papá debe ser uno de esos que llevan los dólares con bulldozer al fisco, ¿no?

—No, no creo, aunque es un tipo pragmático, como la esencia del buen yanqui. Se pondría a llorar si lo hiciera. Tiene mucho amor al dinero, aunque me temo que si le preguntas de qué color son los billetes, no lo sabrá. Tocto, hasta el limpiado de unos zapatos, lo paga con cheque al portador.

—Pues, magnífico, pero no creas que vas a impresionarme diciéndome que tu papá es millonario. Estoy acostumbrado a tratar con niñas bien en esas clases de extensión cultural, sobre filosofía griega, que doy.

—Ya, estarás harto de que las alumnas se enamoren del profesor joven y sarcástico y que, por si fuera poco, juega al rugby y es un tipo con mucho empuje.

—Eso sí. Cuando era pequeño, me lanzaba a morder todo lo que tuviera aspecto de ubre. De ahí parte mi afición al rugby.

—Comprendo, lo importante es atrapar el balón apepinado y que no te lo quiten.

Oye, Eric Barbarroja, ¿has visitado ya al psiquiatra?

—No, claro que no. No tengo con qué pagarle, y esos tipos son un pozo sin fondo en lo que a dinero respecta, mi querida Doncella de Orleáns. Y ya que los dos estamos aquí prácticamente solos, sin conocer a nadie, será mejor que no nos pasemos el rato aguijoneándonos mutuamente.

—Acepto el pacto. Por cierto, yo ando buscando a Arthur Miller.

—¿Miller, el escritor?

—Claro, yo no conozco a otro que se llame igual.

—¡Diablos! ignoraba que él también tuviera que poner sus zapatos en esta fiesta.

—Pues yo he venido por si él acudía.

—¿Quieres preguntarle por qué se desmoronó Marilyn Monroe? Esa pregunta ya se la han hecho demasiados.

—Es que lo admiro.

—Te veo muy sincera. Creo que si quiero interesar a la estrella del momento cinematográfico, tendré que escribir un libro que sea un verdadero boom.

—Mientras no sea sólo eso.

—Hemos quedado que no.

—O. K., acepto la observación. ¿Qué te parece si me invitas a dar unas vueltas? Me pirro por bailar un vals y en las fiestas siempre andan tocando piezas movidas o muy lentas.

—O.K., niña bien, digo Doncella de Orleáns. Nos dejaremos arrastrar por los compases del tres por cuatro.

—¿Bebida? —les preguntó una diablesa, poniéndoles delante una bandeja dorada llena de copas de champaña que burbujeaba.

—Sí, un poco de champaña no está mal —aceptó Juana de Arco.

Bebieron los dos y luego, se lanzaron a bailar. Vieron a otras diablesas que iban y venían con bandejas de acero, y no doradas, como la que les habían presentado a ellos.

Entre los concurrentes había disfraces variados. Red Freeman pudo ver a una Popea que trataba de exhibir sus encantos recién pasados por la cirugía estética, pues la tal Popea y a estaría rayana en la cuarentena, si no la había rebasado ya.

Observó a una anciana sentada en una butaca, platicando con un militar y que sin duda alguna iba vestida de Florence Nightingale. Iba con su capa de enfermera e incluso un pequeño farol que lucía encendido. Debía funcionar a pilas y conseguía el efecto deseado, ya que la venerable dama se había hecho famosa por la linterna que siempre llevaba consigo.

Pudo ver más y más personas disfrazadas, hombres y mujeres. Entre baile y baile, entre Juana de Arco y Freeman, se plantó una anatomía femenina muy opulenta y que, según ella, vestía de venusina.

Llevaba una larga cabellera verde y antenitas muy coquetas encima de la cabeza. Por toda indumentaria, lucía unos sujetadores y panties de brillantes lentejuelas rojas, todo ello en la mínima expresión.

—Esta vez me lo llevo yo a este pelirrojo que parece un pirata.

Aquella exuberante mujer, con toda la malicia, dio un golpecito a la visera de Juana de Arco y le tapó la cara con el protector enrejado.

Red Freeman supuso que la Doncella de Orleáns debía haber torcido el gesto dentro del yelmo, pero había que aguantar. Si quería hacerse notar como mujer, no lo iba a conseguir con semejante armadura.

—Oye, pelirrojo, no bailas mal del todo —le dijo la venusina, contorsionándose con una sensualidad que secaba muchas bocas varoniles mientras ella mantenía sus labios húmedos.

—La verdad, me está entrando mucho calor. Debe ser las patadas que me

dieron ayer.

—¿Que te dieron patadas ayer? —se asombró la fémina.

—¡Sí, en el rugby! —le gritó Red para que pudiera oírle por encima del ruido musical que en aquellos momentos atronaba el salón.

De súbito, unos hombres muy graves penetraron en el salón cargados con ataúdes.

—¡Eh, pelirrojo, fíjate, fíjate! ¿Qué nos van a preparar, con esos ataúdes, para fin de fiesta?

—No lo sé, pero con franqueza, prefiero los espectáculos abiertos.

La exuberante venusina, vigilada a través del enrejado del yelmo por Juana de Arco, que por su aspecto no era requerida por nadie, se colgó del cuello de Freeman y comenzó a besuquearle preguntando:

—¿Y esas cosas que dices, las prefieres solo o acompañado? Tú no serás de esos que al apagarse la luz dicen: «mamá, tengo miedo», ¿Verdad, encanto?

—No. A mí, cuando estoy bien acompañado, me llaman tiburón, pero cuando me tocan el pelo...

—¿Qué?

—Pues que ya no importa que muerda.

—Hum, habrá que probarlo.

—Quieta, quieta, que pareces un caracol. Me estás babeando y luego tendré que poner la barba a secar.

—¡Qué arisco! —Se quejó la chica—. ¿Has traído tu carro?

—¿Mi carro?

—Para cuando se termine la fiesta. Yo soy Chely Baeza, ¿no me has reconocido? — preguntó algo decepcionada.

—Pues no.

—¿Es que no ves los espectáculos musicales de la tele?

—No.

—¡Tu madre!

—Está en la Gloria.

—Entonces, la dejaremos en paz. ¿Has traído el carro?

—Sí, lo que no sé si las mulas van a jalar de él o no —respondió, recordando su vetusto utilitario.

En aquel momento, alguien inició un aplauso. Por contagio, los demás se le unieron.

Chely, mirando a un lado y a otro, preguntó: —¿Por qué aplauden?

—Por los ataúdes, supongo. Creo que a la gente, en carnaval, le divierte eso de ver ataúdes en cantidad, aunque no sé para qué van a servir. A lo peor, a nuestro anfitrión se le ocurre jugar luego a vampiros o al escondite..

—¿Y cabremos dos en un mismo ataúd?

Red Freeman miró la exuberante anatomía de Chely Baeza y opinó: —Si no tratamos de cerrar la tapa, puede.

Sin disfraz alguno, Red Freeman se había convertido inmediatamente en el

objetivo de muchas miradas femeninas. Su elevada estatura, su abundante cabello pelirrojo, su naturalidad y algo que emanaba de él, lo convertían en una figura apetecible para las mujeres.

Fue Popea quien apartó a Chely Baeza.

—Esa Chely Baeza es una escandalosa, siempre haciendo piruetas para que la vean, sobre todo si hay fotógrafos cerca. Es una escandalosa.

—Si usted no se ajusta un poco la túnica, creo que también será motivo de escándalo.

—¡Hum!, te ha molestado que te la quite de encima, ¿eh? Estarás pensando que puedo ser tu madre, ¿no es cierto?

—No, claro que no —replicó Red Freeman, evitando que Popea se molestara con él.

Brillaban los ojos de aquella mujer que veía escapar su juventud y su belleza con los años.

—Pelirrojo, ¿de qué te has disfrazado? Sólo te faltan unas arracadas, y parecerías un pirata.

—Por lo visto, debo ofrecer una imagen muy pobre de mí mismo. No voy disfrazado de nada y todas me llaman pirata.

—A lo mejor es que estamos deseando que nos raptes. ¿Te ha propuesto Chely Baeza que la raptes?

—No serás cronista de alguna revista de escándalo, ¿verdad?

—¿Yo? —Soltó una carcajada—. Soy la presidente de la Federación de Comités de Damas de la Beneficencia Filantrópica.

—Me cae muy largo eso, pero, por lo visto, da para vivir bien.

—No, no toco ni un centavo. De las arcas de la Federación sólo sale la plata para pagar gastos, dietas. Yo tengo mi fortuna personal; es indispensable para pertenecer a la junta directiva de la Federación.

—No sigas diciéndome eso de la filantropía, etc., etc., me cae muy largo.

—Si eres un artista puedo ayudarte.

—Tanto como un artista... —respondió él, viendo la mala intención de las palabras femeninas.

—Tengo influencias. Me huelo que tú eres uno de esos intelectuales que se niegan a ponerse un smoking.

—Por ahí andan los cañonazos. Por cierto, le debo un baile a mi amiga la Doncella de Orleáns.

Antes de que Popea protestara, Red Freeman se zafó de ella y cogiendo a Juana de Arco por los brazos, la sacó al baile.

—No me muevas mucho, tengo la cabeza muy pesada y se me cierran los párpados — dijo la muchacha.

—A mí me ocurre algo parecido, quizá sea que el champaña es muy fuerte.

—Yo pensaba que era el yelmo.

—¿Por qué no te lo quitas?

—Porque está unido a la coraza, bueno, un lío.

Fue transcurriendo el tiempo y cada vez se sintieron más y más pesados.

La pareja se tumbó en un sofá. Red Freeman hacía esfuerzos por conservar los ojos abiertos, pero le era muy difícil. Una diablesa con una bandeja dorada se puso delante de él..

—¿Una copa? Le refrescará.

—Sí, claro, me refrescará. ¿Una copa, Doncella de Orleáns? —preguntó golpeando el yelmo con los nudillos.

—Parece que se ha dormido —opinó la exuberante diablesa.

—Sí, se ha dormido —aceptó Freeman como borracho.

Se bebió la última copa de la noche. Poco después, quedaba sumido en un profundo e inexplicable sopor.

CAPITULO II

Cuando recobró la conciencia de que vivía, tuvo la impresión de que estaba en un desierto y que hacía más de una semana que no había bebido una sola gota de agua.

Tenía los labios, la lengua y el paladar no sólo secos, sino como hinchados y ardientes.

También tenía la impresión de que hacía mucho calor y que todo lo que le rodeaba, pese a tener los ojos cerrados, era rojo.

Además, se movía a derecha e izquierda y aquel movimiento era mareante, máxime en la situación en que se hallaba. Súbitamente, abrió los ojos. Sus pupilas azules se clavaron en el techo y allí vio que lucían unas bombillas rojas.

Comprendió por qué lo veía todo rojo, en su pesadilla. Quiso mover los brazos y algo le molestó los codos. Golpeó, tanteó y comprendió que estaba metido en una caja muy cómoda y acolchada, pero una caja. De pronto, se incorporó y, doblándose hacia arriba, quedó sentado.

—Por todos los diablos, ¿qué broma es ésta?

Estaba dentro de un ataúd que se hallaba en el suelo y cerca de él, había otros ataúdes, todos ellos sin tapa.

Salió del féretro, tambaleante, a punto estuvo de caerse. Se sentía embotado y torpe.

Se llevó las manos a la cabeza como para asegurársela, mas lo que se movía era el suelo de aquel salón del yate.

Faltaba gente, mucha gente. En realidad, él era el primero en estar en pie. En el suelo había una docena de ataúdes y todos parecían estar llenos con alucinantes personajes.

Algunos respiraban profundamente. Red Freeman no le veía la gracia.

Dio la espalda a los féretros y a quienes dormían en ellos y se dirigió a la escalera ascendente. Deseaba recibir en la cara la brisa nocturna y si encontraba algo para beber, no iba a preguntar qué era. Su boca seguía seca como una esponja abandonada en el desierto.

Al salir a cubierta, no vio a nadie. Era noche cerrada y en el cielo lucían miríadas de diminutas estrellas. El pequeño barco se movía al compás de las olas que lo zarandeaban; sin embargo, el oleaje no podía considerarse malo. La embarcación se mecía al compás de las olas sin tratar de surcarlas.

Tambaleante, se cogió a la baranda y buscó su «Volkswagen». Sacudió la cabeza incrédulo.

Allí no había, no sólo ningún coche, sino tampoco los muelles de Miami. Cruzó de babor a estribor por si había cometido algún error de orientación y tampoco vio nada a estribor; sólo las aguas oscuras y negras del océano que subían y bajaban, meciendo la embarcación. No comprendía lo que estaba ocurriendo. Nada le habían advertido de que el yate se haría a la mar.

Paseó su mirada por la despejada cubierta.

Allí no quedaban más que bombillas colgando y apagadas, papeles de colores, banderitas y algunas bandejas de restos, tiradas, que la brisa fuerte no había podido arrastrar. La pasarela debía de haberse quedado en los muelles.

Se rascó la nuca, preocupado, y volvió a descender al salón que había bajo cubierta, con la esperanza de que allí, además de algo para beber, encontraría a alguien que le explicara lo que estaba sucediendo.

De pronto, casi se precipitó contra la Muerte, un esqueleto de elevada estatura que llevaba una larga capa negra.

—¡Eh, que todavía no quiero morir! —le dijo Freeman.

El extraño personaje se levantó la careta y miró a Red con ojos enrojecidos, preguntándole:

—¿Hay arriba algo para beber?

—¡Diablos!, ¿usted también tiene sed?

—Sí, dijo, con la voz pastosa.

—¡Pues, como no beba agua de mar! Por cierto, ¿sabía que estamos en alta mar?

—;En alta mar? —repitió sorprendido, el personaje que iba disfrazado de Muerte.

—Sí. ¿No nota cómo se balancea todo?

—Sí, pero creía que era yo que estaba borracho.

—Quizá no, veamos cuántas horas ha dormido.

Red Freeman miró su reloj y la posición de las saetas le sorprendió. No podían ser las once de la noche; cuando estaban bebiendo, habían sonado las tres de la madrugada, lo recordaba bien.

Consultó el dietario del propio reloj y levantó la mirada para clavarla en la faz magra y dura del hombre que se había disfrazado de Muerte.

—¿Qué sucede?

—Pues, a menos que mi reloj se haya estropeado, hace dos días que estamos borrachos.

—¿Dos días?, ¿qué tonterías dice?

—¿No era la invitación para el día trece de febrero?

—Sí, claro —respondió, de mal talante.

—Pues mire su reloj, ahora.

De mala gana, incrédulo, aquel hombre se subió la manga negra en la que estaba impreso el esqueleto fosforescente. Mirando su reloj, parpadeó incrédulo.

—¡Por los cerdos de Oregon, es verdad! ¡Hoy es día quince, lo dice el dietario de mi reloj!

—Pues ya son dos relojes que dicen lo mismo. No es fácil que los dos estén estropeados.

—Pero ¿cómo hemos podido estar durmiendo dos días completos?

—No lo sé. Ahora estamos en alta mar, ignoro en qué sitio. Por lo visto, nos han gastado una broma pesada. Yo tenía que dar clase esta mañana en la

universidad y se van a creer que me he pegado un tortazo con mi escarabajo.

—¿Su escarabajo?

—Sí, es que así llaman a mi coche.

Red Freeman siguió descendiendo y la Muerte continuó subiendo.

En los ataúdes había comenzado a haber movimiento. De súbito, un escalofriante grito de mujer hizo brincar a dos de los que aún dormían pesadamente dentro de sus respectivos ataúdes.

Popea era presa de un ataque de histeria. Red corrió hacia ella, la ayudó a salir del féretro y la abrazó un poco contra sí.

—Vamos, vamos, sólo es una broma pesada.

Popea se calmó casi tan rápidamente como había comenzado su histeria. Miró en derredor suyo, vio a los otros compañeros y a los ataúdes que yacían desperdigados sin orden y se quejó:

—No me gustan esta clase de bromas. Haremos una queja formal en nombre de la Federación de...

—Basta, basta, ahora hay que calmarse; luego ya podrá hacer todas las protestas que quiera. Le servirán para hacer publicidad de su Federación filantrópica en las revistas.

Red se acercó a la armadura, que producía un extraño efecto dentro de su ataúd, y le levantó la visera. La joven que había en su interior le miró y preguntó, con voz apagada: —¿Qué pasa?

—Pues que alguien nos ha gastado una broma.

—¿Alguien, ¿quién es ese alguien?

—Supongo que nuestro anfitrión, Randolph Hyman.

Ayudó a la joven a levantarse y salir del ataúd. Pesadamente, no lejos de donde estaban, salió, gateando, Florence Nightingale, que era lo mismo que decir la anciana que se había disfrazado de la famosa y heroica enfermera de Crimea, cofundadora, en Ginebra, de la Cruz Roja Internacional.

A trompicones, volvió a descender el personaje disfrazado de Muerte. Tenía un ligero acento francés, al hablar.

—¡Ladies and gentlemen, nos han tomado el pelo, estamos en alta mar y no me gustan esta clase de bromas!

¿Dónde está Randolph Hyman? ¿Quién de ustedes es Randolph Hyman?

Las miradas pasaron de unos a otros; nadie respondió. Red Freeman movió la cabeza negativamente.

—Al parecer, ninguno de los que estamos aquí es Randolph Hyman.

—¿Qué ha pasado? Me siento mareada —dijo Florence Nightingale.

—Estamos en alta mar, señora; en alta mar, y desde hace dos días. He recorrido por cubierta y no se ve a nadie, ni al este ni al oeste, ni al norte ni al sur.

—¿Y usted sabe dónde está el sur, el este y todo eso? —preguntó Chely Baeza que se hallaba entre los embromados.

—Sí, señorita. Mientras haya estrellas en el cielo, yo sabré dónde está el norte, el sur, el este y el oeste. Ahora, me gustaría que me ayudaran a buscar a

Randolph Hyman. Creo que va a tener que dar muchas explicaciones por lo ocurrido.

Inesperadamente, sonaron unas campanadas por los altavoces. Todos callaron y al concluir la última campanada, se escuchó una voz grave, la voz de un hombre con bastantes años a cuestas.

—Acaban de oír las doce campanadas. Por lo tanto, son las cero horas del día dieciséis de febrero. Creo que no importa que les dé más datos sobre la fecha que están viviendo.

Hubo un murmullo y algunas protestas.

—Sé que estarán haciéndose muchas preguntas— prosiguió la voz—. Soy Randolph Hyman, el anfitrión de la fiesta de carnaval y propietario de este barco que, como se irán dando cuenta, no es ningún yate, aunque sí se empleó mucha pintura en él para adecentarlo. Es preciso que les diga que este barco navega al garete y no se puede gobernar, puesto que su maquinaria está destruida. Tampoco tiene emisora de radio y carece de botes salvavidas, por lo que deben considerarse atrapados.

—¡Quiero que me bajen a tierra! —gritó Popea, pues unos y otros, para identificarse, lo hacían por el disfraz que llevaban.

—Salir con vida de este barco no es tarea fácil. Sé que cada uno de ustedes tratará de conseguirlo; sin embargo, les anticipo que la broma de carnaval consiste en que todos ustedes morirán. Ya tienen sus ataúdes. Espero que se hayan encontrado cómodos en ellos. Abajo, en la bodega, están las cajas y cada una de ellas tiene el nombre correspondiente, de modo que a medida que vayan muriendo los supervivientes los irán encerrando en su caja. Ya ven que les he facilitado la labor y para que comprendan que no se trata de ninguna broma estúpida, les hago saber que entre ustedes hay un psicópata escapado del establecimiento psiquiátrico estatal de Kansas. En su huida, asesinó a un vigilante, y había sido encerrado por decapitar a tres niños y a una mujer. Un ser peligroso, que lo mismo puede ser mujer u hombre, lo digo para que no se fíen de nadie.

Cualquiera de ustedes puede ser el psicópata... ¡Ah, antes de que se me olvide! Uno de ustedes, aunque no pueda recordar nada, ya está muerto. Sé que les parecerá increíble, pero es cierto. Uno de ustedes es un muerto viviente y el otro, un psicópata. Los diez restantes son normales dentro de lo que cabe, por supuesto. En estos momentos en que ya navegan por aguas del Triángulo del Diablo, ya saben, el Triángulo mortal de las Bermudas, sólo puedo desearles un agradable y fácil viaje hacia ninguna parte—. Se rió con voz cascada y diabólica—. Claro que mi intención y mis deseos son una cosa y la realidad, otra. Su viaje es hacia la muerte y no va a ser tranquilo ni apacible. Estoy seguro de que será tan terrorífico como sangriento y desagradable.

Comenzó a sonar entonces, a toda orquesta, la obertura de la ópera El Buque Fantasma, de Ricardo Wagner.

—¡No me gusta esta broma, no me gusta! —gritó un hombre ya entrado en

años y que vestía de mariscal de la corte napoleónica.

Red Freeman corrió escaleras arriba, ya bastante repuesto, aunque seguía teniendo sed.

—¿Adónde va? —le gritó un encapuchado que iba vestido de verdugo. Al verse observado con mucha atención, se apresuró a quitarse la capucha.

—Voy al puente. Ese tipo que nos ha hablado estará en alguna parte.

Oyó pasos de varios que le seguían; no se detuvo ni miró atrás.

Llegó al puente de mando que era más bien pequeño y cuya puerta estaba cerrada con llave. Red forcejeó con la manecilla y al final tuvo que cargar como hubiera hecho en el césped de un campo de rugby.

La puerta saltó y penetró en el interior. No había nadie. Ya se había dado cuenta de ello desde fuera, mirando por los cristales, pero allí estaba el cerebro de la nave.

Vio la brújula y otros relojes indicadores, rotos. Habían sido destrozados con algún objeto contundente y no servían para nada; sin embargo, se podía oír el monótono tictac de un reloj.

Buscó con la mirada y a la luz de la luna que se filtraba por los cristales, descubrió que sobre una encimera había un gran reloj despertador del tipo corriente, con cuerda.

De él partían unos cables de conexión, unidos a un magnetófono a cassette que debía haberse disparado al marcar las doce en aquel reloj.

El cassette tenía la salida de altavoces conectada a los altavoces de la sala, por ello habían podido escuchar la voz y la música que aún sonaba en el barco.

Red Freeman arrancó el hilo; la música dejó de sonar y la cinta de rodar. Tomó el cassette en su mano y salió afuera, donde aguardaban varias personas.

—¿Qué, qué ha sido eso?

La pregunta la había hecho el hombre disfrazado de mariscal.

—Muy sencillo, una conexión automática. Estaba todo preparado.

El hombre que representaba la Muerte, pálido como la misma careta esquelética que llevaba montada sobre la cabeza al tener el rostro al descubierto, preguntó: —¿De modo que es cierto que estamos solos y a la deriva, en este barco?

—Parece que sí —le respondió Red Freeman—. Será mejor que regresemos junto a los demás. Deberemos de vernos bien las caras y tener una pequeña asamblea, ya que todos estamos metidos en esta curiosa broma de carnaval

CAPITULO III

Movió su cabeza de abundante cabello pelirrojo, tanto sobre ella como en el bigote y la barba, y escrutó los rostros de cuantos estaban frente a él.

Sus ojos azul fuerte los escudriñaron sin paliativos, sin ambages. Cada uno de ellos se sintió como desollado por la mirada del universitario, el único que no iba disfrazado. Los demás no tenían otra ropa que la puesta y ésta era el disfraz con el que habían acudido a la fiesta.

—Estamos metidos todos en un lío, en el mismo lío y hemos de salir de él. —Hizo una pausa y añadió significativamente—: Vivos.

—¡Exigiremos a Randolph Hyman explicaciones de toda esta estúpida broma! — clamó el hombre con disfraz de mariscal.

Popea agregó, apoyándole:

—Lo llevaremos a la corte, hemos sido drogados en contra de nuestra voluntad.

—Bueno, estimo que ahora no sirve de nada tomar decisiones legalistas, en contra de Randolph Hyman —cortó Red Freeman—. No obstante, me gustaría que alguien hablara de él. Conociéndole, quizá hallemos la forma de salir de aquí. Tiene que haberse descuidado algún cabo suelto.

—¿No hay crimen perfecto? —preguntó Chely, como habiendo descubierto algo importante.

—Yo no le conozco personalmente —aclaró la mujer de avanzada edad que vestía de Florence Nightingale, la enfermera de la linterna.

—¿No le conoce, por qué vino entonces a su fiesta? —le preguntó el mariscal napoleónico.

—Porque me aburría en casa. Soy la viuda de un pastor metodista y al ver la invitación pensé que encontraría a gente agradable, aquí. '¿Usted le conoce bien? Me refiero a Randolph Hyman.

—¿Yo? —exclamó como sorprendido el mariscal napoleónico, que terminó aclarando—: Soy el mayor Shoper, de la Army —carraspeó—, en situación de reserva. La verdad es que yo también recibí la invitación y en ella se me indicaba que aquí encontraría a otros miliares importantes y algunos políticos de vacaciones en Miami.

Red sonrió con sarcasmo.

—Todos hemos sido atraídos a este barco, a esta fiesta de carnaval, con un cebo. A todos se nos decía que encontraríamos personas cuyo contacto nos interesaba. Por lo visto, Randolph Hyman nos conoce bien a todos y nosotros, a menos que alguien quiera correarme, no le conocemos a él.

Hizo un silencio y aguardó expectante. Nadie le corrigió; quedaba pues evidente que ninguno de los presentes conocía a Randolph Hyman. Aquel hombre era un perfecto desconocido.

—Al parecer, todos hemos aceptado la invitación de un desconocido que, además, está resultando muy peligroso. Hemos de admitir que, todos juntos,

somos un hatajo de borregos que nos hemos dejado conducir al matadero que es este barco, por un hábil matarife que sabía lo que quería y que ha empleado medios y astucia para conseguirlo.

—Es curioso, pero debemos tener todos un problema de soledad —opinó Juana de Arco.

—Yo no tengo problema de soledad —objetó el propio Red—. No obstante, he de admitir que deseaba encontrar a algunas personas. El caso es que hemos sido manipulados. Randolph Hyman, si es que ése es el verdadero nombre de quien nos ha traído aquí, nos conocía bien. Seguro que tenemos algún punto en común entre todos nosotros y hemos de averiguarlo.

El sujeto que iba vestido de verdugo, con camiseta gruesa sobre su torso que había preferido no llevar desnudo y que se había quitado la capucha para que no le miraran con demasiado recelo, gritó:

—¡Menos tonterías en eso de buscar puntos en común v hallemos la forma de salir de aquí!

—Si a usted se le ocurre alguna, expóngala y le escucharemos —le respondió Freeman, irónico.

—Habría que poner el barco en marcha —propuso Chely Baeza, creyendo hacer gala de su inteligencia a cada momento, cuando lo que hacía era exhibir su belleza anatómica a cada movimiento.

—Luego veremos en qué estado se encuentra la maquinaria del barco. Cuando conozcamos su estado, sabremos si podemos contar con la maniobrabilidad del barco o no. De todos modos, si la maquinaria no funciona, ahora, es que no debe funcionar y la luz eléctrica debe salir de algún sistema de baterías. No estaría de más que empleáramos sólo la energía eléctrica imprescindible, antes de que se nos agote y nos quedemos sin ella.

—Oiga, y a usted ¿quién le ha convertido en jefe del grupo? —preguntó, de súbito el mayor Shoper, que vestía de mariscal.

—Nadie. Si quiere hablar usted, hágalo. Como militar puede ser un buen estratega, pero no se le vaya a olvidar que aquí no estamos en la Army y no le debemos obediencia.

Si lo enviamos al cuerno, va a tener que aguantarse.

—¡Joven, se está pasando! —exclamó, enrojeciendo.

—Empezaré a decir que si soy joven, también tengo un nombre. Me llamo Red Freeman y estoy doctorado en Filosofía Antigua.

—¿Filosofía antigua, y eso le faculta para dirigirnos? —Preguntó el mayor Shoper—. A lo peor se cree ya un político.

—No, no soy un político porque, sin falsas modestias, me considero un buen filósofo y de un filósofo mal puede salir un buen político, ya que si así fuera, no lo dejarían ejercer como político. Ahora, dejemos a un lado estas disquisiciones. Nuestro problema es otro.

—Pero ¿quién es el loco; quién el muerto? —preguntó Popea, la presidente de la Federación de Comités de Damas de la Beneficencia Filantrópica.

. —No esperará que quien lo sea lo diga, ¿verdad? —preguntó Juana de

Arco.

—Ella tiene razón. El psicópata, si es que lo hay, no dirá que lo es. En cuanto a un muerto, soy escéptico y no creo en las cosas fantásticas. Sin embargo, con tener en cuenta que hay poco, ya es suficiente para preocuparnos. De momento, será mejor que nos identifiquemos, aunque, en principio, para ir eliminando posibilidades, cada uno de nosotros que conozca a otro de los presentes, que lo señale e identifique—. Se produjo un nuevo silencio, un silencio muy significativo—. Está claro que, además, nadie conoce a nadie de los que aquí estamos. Entre nosotros somos unos perfectos desconocidos.

—¡Yo no soy un desconocido, soy el mayor Shoper! —protestó el militar.

—Yo soy míster Howard —se autopresentó el verdugo—, industrial electrónico de New Jersey. Estaba vacando en Miami y recibí la invitación en mi hotel. No soy un desconocido, pueden llamar a New Jersey... y... —Los miró, y como dándose cuenta de que le sonreían irónicos, se calló.

Red le preguntó:

. —¿Con que llamamos a New Jersey, míster Howard, alias el Verdugo? El sistema telegráfico y emisor de radio que hay a bordo no funcionan.

—Claro, claro —tartamudeó, de pronto—. Entonces, todos estarán en mi misma situación.

—Eso es, míster Howard; no obstante, los documentos, si bien no pueden ser tomados como dogma de fe, sí serán bien recibidos para identificarnos y saber quiénes somos.

Buscaron en sus respectivos bolsillos y, con sorpresa, no encontraron nada.

El hombre que vestía de Muerte, exclamó:

—¡Me han robado! Traía conmigo la documentación, soy el juez Lanroi, de Louisiana.

’—A mí también me han quitado la cartera —dijo Red Freeman—. Todos tenemos nuestro nombre, nuestra profesión, no cabe duda, pero al parecer, ninguno puede demostrarlo y tendremos que fiarnos los unos de los otros.

—Eso creará un problema de sospechas —advirtió Florence Nightingale.

—Me temo que así será. Quien ha preparado esta broma y al que no conocemos, ha tenido buen cuidado de suscitar toda clase de problemas para imponernos recelos y sospechas, los unos contra los otros, y que sigamos sintiéndonos solos frente a los demás, pero le vamos a dar un disgusto formando parejas. De este modo, cada uno de nosotros estará siempre vigilado, controlado y, a la vez, protegido por otro. Así, hasta que un barco quede a nuestro alcance y le hagamos señales de alguna forma que ya decidiremos. ¿Están de acuerdo?

—Yo me aparejo contigo, pirata —le dijo Chely, adelantándose hacia él sin vacilaciones.

Popea le cortó el paso.

—Con el pelirrojo voy yo. Me fío de él.

—Un momento, un momento —pidió el juez que simbolizaba la Muerte—.

Aparejados, me parece peligroso. Ninguno de nosotros querrá quedarse solo con otra persona, pensando que su compañero es el psicópata o el muerto, aunque yo tampoco creo que pueda haber ningún muerto entre nosotros. Al quedarse a solas, aparejados, se corre el riesgo de quedar a merced de un asesino puesto que ignoramos quién es ese psicópata.

—Sí, sí, tiene razón —asintió Florence Nightingale.

—Por mi parte estoy.de acuerdo —dijo un individuo que, con su indumentaria, pretendía recordar a Lafayette.

El industrial, propuso:

—Como soy demócrata, solicito que nos formemos en cuatro grupos de tres para movernos por el yate, pero por votación.

—¿Votación? ¡Qué tontería! —Exclamó el militar—. ¿Cómo puede votarse formar tríos? ¿Qué les parece, si cada uno de nosotros elige un número, del uno al doce, y los ponemos en un sombrero o en cualquier recipiente?

—Creo que el mayor Shoper tiene razón —opinó la enfermera de la linterna—. Si alguien tiene algo que objetar, que lo diga.

—No es mala cosa, formar tríos. Cuatro grupos y haremos una inspección del barco y sus posibilidades de subsistencia —aceptó Red Freeman—. ¿Alguien tiene con qué escribir?

—Yo llevaba un bolígrafo con mi cartera, pero ya no la tengo —observó el juez Lanroi.

—Habrá que buscar papel y algo con qué escribir —propuso Red Freeman.

—Si yo tuviera mi bolsito, el pintalabios serviría, ¿verdad? —preguntó la exuberante Chely Baeza que, de vez en cuando, se estremecía por culpa del frío, ya que seguía vestida con su exiguo traje de venusina.

—¿Dónde está ese bolsito? —preguntó el verdugo, que no era otro que el industrial de New Jersey.

De no ser porque allí estaban todos profundamente preocupados por su suerte, se habrían reído.

—Quizá encuentre algo con qué escribir, en el puente de mando. No creo que se hayan preocupado de quitarnos hasta ese detalle, sería demasiado maquiavelismo.

Aquel individuo se dirigió hacia la escalera, más bien ancha, que conducía a la cubierta, desapareciendo por ella mientras los demás se desperdigaban.

Comenzaron a oírse algunos chistes y observaciones, que mitigaron un tanto la tensión.

Inesperadamente para todos, se apagó la luz. Todas las bombillas del salón quedaron sin fluido y, por lo tanto, a oscuras. En principio, el apagón fue recibido con un denso silencio. Luego, Popea chilló:

—¡Luz, quiero luz!

Se escuchó un grito que nada bueno presagiaba y después, la voz de Chely Baeza riéndose en un histerismo contenido.

—Será mejor que nos dejemos de bromas nosotros también —advirtió

Juana de Arco.

—¿Quién ha apagado la luz? —preguntó Popea.

—Quizá ese hijo de perra de Randolph Hyman haya previsto esto también —dijo la voz reconocible del verdugo de New Jersey.

—¿Quiere decir que ha podido instalar una desconexión automática del sistema eléctrico? —preguntó el juez Howard.

—¿Por qué no? Si lo ha hecho con el sistema de megafonía, también podía hacerlo con todo el sistema eléctrico, no es tan difícil. Se ha tomado muchas molestias para encerramos en este maldito barco que baila al son de las olas.

—Claro, si todos estamos aquí, salvo que ese Randolph Hyman esté escondido en alguna parte —observó le enfermera anciana.

—No, todos no estamos aquí —puntualizó, de pronto, una voz de hombre que no se había dejado escuchar antes, pues hasta aquel momento había permanecido callado—.

Falta el que iba de Lafayette y que ha salido afuera.

—¿Quién tiene un encendedor? —gritó Popea, al borde de la histeria.

—Sin luz estamos más ciegos aquí abajo que en cubierta. Salgamos y nos veremos un poco más las caras, hace una noche espléndida —propuso Red Freeman.

—Sí, sí, vamos todos a cubierta —aceptó Popea.

Al caminar apresuradamente hacia la escalera por la que penetraba una débil claridad que la hacía perceptible, pues todo lo demás estaba muy oscuro, se escuchó un grito. Era la voz de Chely. Después, siguió gritando desaforadamente.

—¿Qué sucede? —preguntó el juez Lanroi, tanteando con sus manos.

—¡Me he caído! —siguió chillando la chica.

—Pues levántese de una vez y deje de gritar —masculló el juez.

—¡Hay, un muerto, un muerto!

Al decir aquello, fueron varios los que corrieron más aprisa, pero no hacia Chely sino hacia la escalera. Red Freeman, orientado por las voces de Chely; logró llegar junto a la exuberante venusina y la tomó por un brazo.

—¡No me coja, no me coja! ¿Quién es?

—Soy el pelirrojo, no temas. ¿Dices que hay un muerto?

—¡En el ataúd y tiene un cuchillo clavado, un cuchillo, lo he tocado!

Red Freeman palpó con sus manos el féretro y dentro descubrió un cuerpo humano, caliente. Era un hombre, el que había visto que usaba un disfraz de centurión romano.

Efectivamente, en la espalda, traspasando la coraza de plástico, tenía clavado un cuchillo.

Le buscó el cuello y le tomó el pulso. No presentaba más señales de vida que la de que aún estaba caliente y la temperatura la perdería al paso de las horas porque, efectivamente, había muerto.

—Salgamos —le dijo, ayudando a Chely a salir de allí, porque, en aquellos momentos, la muchacha estaba psicológicamente descompuesta.

Se encontraron en cubierta. Allí, la luz era escasa, pero la luna era dadivosa con ellos mientras miles de estrellas les contemplaban. El oleaje había disminuido, calmándose.

—¿De verdad había un muerto? —preguntó el juez Lanroi.

—Sí, era un hombre que vestía de centurión. ¿Alguien sabe quién era?

Nadie respondió. Todas las preguntas que se lanzaban al aire quedaban sin respuesta.

—Bueno, yo quería preguntarle si de veras cree que no se puede hacer nada por él — preguntó un sujeto que iba disfrazado de Robespierre.

—A mí me ha parecido que estaba muerto. Le han hundido un cuchillo en la espalda hasta la empuñadura; si no se lo cree, baje a comprobarlo.

—No, si me lo creo; es que, en realidad, soy médico.

—¿Médico? —repitió Popea, muy interesada.

—Bueno, soy ginecólogo, ayudo a la vida y no a la muerte; no obstante, si el pelirrojo... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Red Freeman.

—Pues si Red Freeman dice que ha muerto, debemos creerle.

—Doctor, estimo que no es usted muy valiente. Tiene pocas ganas de ir a comprobar un diagnóstico —le observó Juana de Arco.

—Señorita, abajo han matado a un hombre. Eso quiere decir que un asesino psicópata anda suelto, que no era una broma lo que nos han dejado grabado. Por encima de médico, soy un ser humano y no deseo que me maten a mí también.

—El asesino ha tenido que ser ese maldito Lafayette —sentenció el verdugo.

—¡Dios mío, miren allá arriba! —exclamó Juana de Arco, señalando hacia el puente de gobierno.

De una viga que salía de la parte alta del puente de gobierno y que iba en dirección a proa, apenas cien pulgadas, y que debía de servir para grúa de emergencia y mover objetos sobre cubierta, colgaba un cuerpo humano que oscilaba de un lado a otro como un péndulo, como señalizador de los vaivenes del mar.

Popea, la dama de la filantropía, lanzó un grito espeluznante y se cayó sin que nadie la sujetara. No había podido soportar el macabro descubrimiento.

—¡Tengo frío, tengo frío, tengo frío! —comenzó a sollozar Chely Baeza.

A Red Freeman le hubiera gustado contestarle algo rudo. Si tenía frío, la culpa era suya por presentarse en la fiesta tan ligera de ropa. Lo difícil sería averiguar, ahora, dónde estaba su abrigo, porque sin duda alguna tenía que haber acudido al barco protegida por un abrigo; de lo contrario, la habrían detenido por las calles de Miami.

Red Freeman se quitó su jersey negro y materialmente se lo puso a Chely por encima.

Debido a la estatura masculina, que era elevada, la exuberante fémina de los cabellos verdosos quedó cubierta hasta las rodillas.

La Doncella de Orleáns la miró con reproche y luego, observó al hombre en camiseta.

En realidad, no podía censurar al hombre aquel gesto, pero le disgustaba y no sabía por qué.

Mientras, el cuerpo de Lafayette seguía balanceándose en el aire como un muñeco inanimado. La broma de carnaval se había convertido ya en algo trágico y a nadie le cabía pensar que todo aquello era una simple estupidez.

Estaban a merced de una mente tan maquiavélica como perturbada, y sin poder escapar a su poder.

Nadie osó decir nada más y todos se dispusieron a esperar el amanecer, como si con la luz del día hubiera de venir su salvación o quizá su ejecución.

CAPITULO IV

La espera había resultado larga, desesperadamente larga.

Red Freeman había consultado repetidas veces su reloj. Parecía que, demoníacamente, la llegada del nuevo día se demoraba. Nadie había comentado nada; todos habían preferido permanecer agrupados, sin separarse. La primera separación, por el apagón de luz, había costado dos vidas y a nadie se le escapaba tan importante detalle, pues todos se preguntaban quién sería la próxima víctima.

Al fin, comenzó a hacerse una débil claridad en torno suyo. Resultaba inútil mirar a derecha o izquierda, a proa o popa; no se veía de dónde venía aquella claridad, no había un posible horizonte que se pudiera identificar como el este para tener una orientación.

La luz se fue haciendo cada vez más intensa. Era una claridad lechosa, algo amarilla y, por contra, a cada instante que pasaba fueron viendo menos. Ya no veían el puente ni el cadáver que aún colgaba de la grúa provista de un polipasto manual.

—Hay niebla —anunció, con voz grave y quejosa, el juez Lanroi.

Red Freeman, de cuando en cuando, hacía ejercicios para mitigar su frío, ya que su jersey vestía ahora a Chely Baeza. El hubiera ido hasta el cadáver para descolgarlo, mas no lo había hecho para que no sospecharan de él. La guerra de las suspicacias y recelos estaba desatada. Aquella cinta grabada había conseguido meterles la inquietud en el cuerpo y la aparición de los cadáveres había dado solidez a esa inquietud.

—Este tipo de niebla no es anormal por esta zona oceánica —comentó Red Freeman, haciendo algunos ejercicios para calentar su cuerpo aunque no en exceso para no llegar a sudar y luego no tener con qué taparse.

—Es la niebla maldita de la que hablan en ese libro del Triángulo del Diablo —observó muy malhumorado, casi mascando las palabras, el industrial de New Jersey.

—¿También ha leído usted ese libro? —preguntó Florence Nightingale, la enfermera de la linterna, que ahora tenía apagada.

—Sí, lo he leído y recuerdo que el encabezamiento, es decir, la dedicatoria, es un réquiem dirigido al propio lector, si visita este triángulo maldito. Y yo que me reía de esa estupidez...

—Quizá se reía porque no pensaba adentrarse en el mar —opinó Red Freeman—.

Otros se ríen de «*Jaws*», el tiburón, pero cuando se han de meter en el agua se lo piensan, máxime si alguien ha gritado: «Tiburón a la vista.»

—No es momento para bromas —protestó míster Howard, el verdugo.

—De nada servirá que nos aguijoneemos los unos a los otros —objetó Juana de Arco—. Parece que el barco avanza hacia alguna parte. ¿Funcionarán los motores?

Freeman se tendió en el suelo y pegó su oído a las tablas. Después, movió la cabeza negativamente.

—No se oye nada; sin embargo, es cierto que da la impresión de que estamos navegando. Quizá se trate de la corriente del golfo. No entiendo de marinería, pero es posible que seamos arrastrados por la fuerte corriente del golfo.

—¿Y adónde nos llevará? —preguntó la enfermera de la linterna.

—No sé, creo que a alta mar.

El médico, que vestía de Robespierre, tratando de ser convincente, dijo: —Quizá la central de guardacostas de Miami ya nos esté buscando y un barquito de esta envergadura no se le puede escapar al radar.

—No nos hagamos ilusiones. Si ese maldito Randolph Hyman ha llevado el barco a alta mar y lo ha abandonado sin dar señal de SOS y habiendo estropeado la radio, no nos buscarán en absoluto. Estamos perdidos en el océano y sin que nadie nos busque. Parece que nos eligió bien para llevarnos a la muerte —se lamentó el mayor Shoper, cuyo disfraz recordaba a un mariscal napoleónico.

Por su parte, Red Freeman puntualizó:

—Es posible que ese Randolph Hyman no haya abandonado el barco.

Todos se lo quedaron mirando mientras la niebla lechosa, que no les permitía ver siquiera el agua, les envolvía, como queriendo disolverlos en ella.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó Chely Baeza.

—Por el reloj. Cuando sonaron los altavoces, hacía dos días que estábamos en la mar y el reloj era de tipo normal. Lo máximo que daba de sí, para ser automático, era doce horas más. Luego, estamos nosotros, que hemos sido narcotizados. No hay mucha luz, pero si buscamos en nuestro cuerpo, quizá encontremos algún pinchazo. No, no tenía muchas horas y quería hacernos creer que hacía dos días que habíamos sido abandonados en alta mar. Yo creo que está a bordo y que nos observa, regocijado en su demencia.

—No diga eso, me cogen escalofríos —protestó la enfermera de la linterna.

—Creo que el pelirrojo no va desencaminado —asintió el juez Lanroi—. Si ha habido dos crímenes, es que estaba agazapado, esperando su ocasión.

—Puede que haya sido el loco o el muerto —dijo Chely Baeza.

—Tonterías, yo no creo en los muertos —objetó Juana de Arco.

El industrial electrónico de New Jersey, con voz quejumbrosa, expuso: —Si hubieran leído el libro, no se extrañarían de ver como ahora salen del fondo del mar los cadáveres de quienes nos han precedido. Hombres y mujeres con las cuencas de sus ojos vacías, los cabellos empapados y el cuerpo envuelto en algas. Sí, subirán a bordo y nos devorarán para que luego seamos cadáveres, como ellos, condenados a permanecer eternamente en esta zona maldita del mundo. ¿Y se extrañan que haya un muerto entre nosotros?

—Oiga, verdugo, a ver si se calla. Ha leído demasiadas novelas terroríficas

—le reprochó Robespierre, el ginecólogo.

—Ya tenemos bastante con lo que nos sucede, sólo falta que nos inventemos más historias fantasmagóricas —gruñó Red Freeman. Mirando una vez más su reloj, dijo—: Ya es de día, completamente. Si no fuera por esta maldita niebla lechosa, veríamos muy bien las aguas, el cielo y hasta es posible que la costa, si es que navegamos cerca de ella.

La enfermera de la linterna propuso:

—Ya que esta niebla no se levanta, podríamos sacar ese cadáver tan horrendo del que iba disfrazado de Lafayette.

—Yo no tocaría nada más. Sé que es mejor quitarlo de en medio —observó Red—, pero si la policía quiere investigar, preferirá encontrar el cadáver en el lugar donde lo ha dejado el asesino.

El mayor Shoper, pesimista, preguntó:

—¿Creen que la policía subirá a bordo, alguna vez, para poder averiguarlo?

Un hombre anodino y que iba disfrazado de Charlot, intervino. Hasta aquel momento, sólo había hablado con tímidos cuchicheos y no se había hecho notar.

—Creo que tendríamos que buscar la forma de controlar la embarcación. En esta zona lo mismo podemos estar navegando sobre una fosa profundísima que rozar un banco de arena o meter la proa contra unos arrecifes, que aquí son abundantes. Si naufragamos, no hay botes salvavidas y me parece que nadie iba a acudir en nuestra ayuda.

—¿Gobernar el barco, cómo y quién va a hacerlo? —inquirió el militar Shoper.

—Yo no soy marino, pero he participado en tres películas de barcos como actor de tercera—, puntualizó el pseudo Charlot.

—Vaya, ¿es usted actor de veras? —preguntó el juez con aleo de burla en su tono.

—Sí, de tercera, aunque en una ocasión hice un papel secundario. La verdad es que acepté venir porque adjuntaron una nota a la invitación diciéndome que posiblemente encontraría aquí a gente importante del cine. ¿Alguien de ustedes pertenece al cine?

Hubo un completo silencio que Red Freeman se en cargó de romper.

—Le tomaron el pelo como a todos, amigo.

—Sí, eso veo. —Suspiró—. Mi nombre es Reims van Sheider.

—Caramba, Van Sheider. Tiene usted nombre de pintor —dijo Florence Nightingale.

—¡Qué tonterías, señora! No conozco a ningún Van Sheider que sea pintor.

—Pues hay un van lo que sea —replicó la enfermera, poco dispuesta a ceder.

—Es posible que se refiera a Van Dick o Van Gogh.

—¿Y con ese nombre tan pomposo es usted actor de tercera? —le observó

la Muerte, que no era otro que el juez Lanroi.

—Con el nombre, mis padres no me dieron ninguna herencia. Eran tan pobres como una rata. Dejémonos ya de historias; siempre he tenido mala suerte y cuando creía que había llegado mi hora de las grandes posibilidades, me encuentro con esta broma trágica.

No lo entiendo, pero sí sé que hemos de hacer lo posible para escapar. No quiero ser la próxima víctima.

—Por lo visto, aunque le rueden mal las cosas, no quiere usted abandonar este mundo.

—¿Acaso usted sí, madame, cómo se llama?

—Laura Honner. Pueden seguir llamándome enfermera, aunque no creo que supiera vendarle un dedo a nadie. La verdad es que yo, pese a cargar con muchos años a cuestas, tampoco quiero morir.

—Si el timón funciona, puedo gobernar algo la nave —propuso el actor—. No haría ninguna maniobra especial, pero si nos pudiéramos acercar a la costa, trataríamos de hacer algún tipo de señales.

—¿Señales, con qué? —preguntó Juana de Arco, con expresión abatida.

—Se pueden hacer hasta con humo. Supongo que en alguna parte del barco encontraremos algo para hacer fuego.

—Creo que nuestro Charlot tiene razón —aprobó Red.

—Sí, tiene razón, pero no vamos a mover este barquito, aunque sea factible hacerlo, hasta no saber adónde dirigimos —objetó el mayor Shoper —. Ahora no se ve nada y no sabemos cuánto durará la niebla.

—Tengo hambre —dijo Chely Baeza.

De pronto, dos se llevaron la mano al estómago y el juez Lanroi dijo: —La verdad es que yo también.

—Yo quiero una taza de té —pidió Popea, que se hallaba sentada contra una caja vacía.

—Mejor te hubieras callado —reconvino Red a la exuberante venusiana—. Ahora el hambre será una tortura más que añadir a todo lo que nos pasa. Recuerdo haber despertado con mucha sed, pero los acontecimientos me han hecho olvidarla pese a que tengo la boca como el papel de lija.

—Yo también tengo sed y hambre, ¿por qué no? A mis años también se siente hambre —gruñó el juez. Lanroi.

—Espero que no tengamos que recurrir a la necrofagia, como en Los Andes, para subsistir.

—Pues como no haya comida a bordo... —murmuró el industrial de New Jersey.

—¿Comer carne de muerto? Yo, jamás, antes me tiro de cabeza al agua — dijo Popea levantándose para agarrarse a la baranda de cubierta con intenciones harto evidentes.

Juana de Arco fue en su ayuda, pero Red la detuvo diciéndole: —Déjala, no se tirará. Abajo deben estar esperando los tiburones y a ésos no les hace falta luz para comer.

—¿Tiburones? —Gimió Popea—. Dios, ¿qué locura es ésta?

—Es una locura, señora, pero Chely Baeza ya lo ha dicho, hay hambre y sed — puntualizó Red Freeman—. Como el sol no va a poder despejar esta horrible niebla, creo que será inútil quedarnos aquí acoquinados, hablando de historias de terror. Tendremos que ponernos en movimiento.

—¿Con el sistema de grupos de tres? —preguntó el militar.

—Formaremos un trío para explorar. Los otros, mejor sería que se queden juntos, aquí, reunidos. Si tratan de asesinar de nuevo, lo harán cogiéndonos separados o a oscuras.

—¿Y quién va a explorar el barco en busca de bebida y comida? —preguntó el militar.

—Yo voy a ir, necesito moverme —advirtió Red Freeman—. ¿Quién viene conmigo?

Espero que no nos encontremos con nada desagradable.

—Yo también —dijo Juana de Arco—. Es lógico que haya una represente femenina en el grupo de búsqueda de soluciones a nuestros problema de secuestro, porque esto se puede considerar un secuestro. ¿No es cierto?

—Lo es y con el agravante de asesinato —puntualizó el juez.

El industrial de New Jersey añadió:

—Y hasta es posible que nos hayan sacado de aguas jurisdiccionales norteamericanas.

—De acuerdo, Doncella de Orleáns. ¿Quién más viene?

—Yo —dijo el actor Van Sheider que vestía su disfraz del ciudadano oprimido, que era. Charlot.

—Bien, ya somos tres. Los demás no se muevan; vamos a inspeccionar un poco el barco.

—¿Cómo irán por abajo, sin luz? —preguntó el militar.

—¿Esa linterna funciona? —inquirió Charlot, señalando el farolillo que pendía simbólico de la capa de la dama que vestía como Florence Nightingale. Era una reproducción exacta de un farol de mano que debía funcionar con queroseno, pero en vez del combustible líquido tenía una pila en su interior y una bombillita por mecha.

—Funciona, pero ilumina muy poco. Sirve para dar una señal de luz, no para ver nada.

—Dejemos ese farolito; es la única luz que poseemos, por ahora, mientras no localicemos el sistema de baterías. Es posible que si descubrimos la conexión automática, lo mismo que hemos hecho con el cassette grabado, podamos volver a tener luz —dijo Red, comenzando a separarse del grupo.

Juana de Arco se acercó a él; Charlot cerraba la marcha.

Caminaron por la cubierta en dirección a la escalera que ascendía al puente de gobierno desde cuyas cristaleras se podía tener una clara visión del horizonte a proa, a babor y estribor. Seguramente, debería tener una ventana para poder ver a popa, también, por si había que realizar una maniobra de atraque.

Al acercarse a la escalera que no veían, fueron perdiendo de vista al grupo de compañeros en aquella broma patética. La niebla se había interpuesto entre ellos. En cambio, pudieron ver, como suspendida entre nubes lechoso amarillentas, la sombra del cadáver que oscilaba al compás que marcaban las olas que mecían el barco.

Era como si hubieran ahorcado, a través de la Historia, al mismísimo general Lafayette, el francés que había ayudado a que George Washington consiguiera la independencia de Estados Unidos.

CAPITULO V

La visibilidad no era buena, pero tampoco mala del todo, dentro del reducido espacio del puente de gobierno de la nave donde no había entrado la niebla.

—Aquí podrían dormir cuatro o cinco personas con bastante tranquilidad y sin pasar frío —comentó el actor.

—Somos diez, ahora, no creo que aquí haya sitio para todos. Intentaremos encontrar algún lugar más adecuado le dijo Red.

—Todos los instrumentos de medición y control han sido destrozados —observó la joven, que seguía embutida en su armadura plástica.

—¿Cree que hay algo aprovechable? —preguntó Red, al actor.

—No soy ningún especialista de marinería, pero todos los instrumentos están rotos, eso salta a la vista. Los han destruido a conciencia.

—¿Y el timón? —inquirió Red.

Se acercó al pequeño timón y comenzó a moverlo, pensativo. Se escuchó un ruido como de pasar cadera fina.

—No estoy seguro, pero creo que funciona. Esta clase de timones tienen unos reductores mecánicos accionados por una cadena. Es como si pasara por un trispasto de cadenas; con mucho movimiento se reduce la fuerza, claro que sin ver por donde se mueve el barco no hay forma de saber si funciona o no. No tenemos ningún punto de referencia.

—Hay una forma de comprobarlo —dijo Red Freeman.

—¿Cómo? —preguntó la chica de la armadura, mirándole.

—Si, como supongo, estamos siendo arrastrados por la corriente del golfo, lo notaremos, es decir, si el timón funciona. Déjeme.

Red ocupó el puesto del actor y comenzó a darle vueltas al timón en una sola dirección y muy aprisa. De pronto, la embarcación se balanceó de babor a estribor, ostensiblemente.

—¡Eh, cuidado! —Gritó Charlot—. Si llevamos carga en la bodega, sin sujetar, se va a desplazar y zozobraremos.

—Sólo era una prueba —dijo Red Freeman, volviendo a girar el timón en sentido contrario hasta que la embarcación dejó de balancearse peligrosamente.

—Se habrán asustado los de abajo —dijo Juana de Arco.

—Se habrán puesto un poco en movimiento —asintió el actor—. Si Popea no estaba agarrada, se habrá desplazado sobre la cubierta.

—Ahora ya sabemos que el timón todavía funciona y es posible que otras cosas de la embarcación, también.

—No se fíe —dijo el actor, pesimista—. Poco conozco de barcos, pero puedo decir que esto es un cascarón muy viejo al que con mucha pintura han querido darle fachada y me temo que es un barquito para travesías cortas, mitad pasaje, mitad carga; un barquito correo que habrían vendido para

desguace.

—¿Un barquito para desguace? —se asombró Juana de Arco.

—Sí, le han hecho algunas reformas que habrán costado algunos miles de dólares.

Reims van Sheider puntualizó:

—En la fiesta ya empecé a darme cuenta. En realidad, el salón no es tal, sino la bodega.

—¿La bodega? —exclamaron ambos.

—Sí, eso se hace mucho en el cine. La entrada de la bodega se abre y se le añade una escalinata, quedando como entrada a un salón. Después, hay que llenar la bodega de luces y rematar el efecto con paredes de cartón-piedra. Con unas copitas, se traga uno lo que le echen. —Se rió bajo el bigote postizo que no había pensado quitarse—. La verdad es que las diablesas de la bandeja dorada querían que yo bebiese de lo que ellas me ofrecían y a mí me gustaba, mucho más, una de las que llevaban bandejas plateadas.

Después, comencé a sentirme pesado.

—Nosotros también bebimos de la bandeja dorada, ¿verdad, Red?

—Sí, ahora lo recuerdo. Por lo visto, las bandejas doradas estaban destinadas a unos cuantos; los demás asistentes debieron de marcharse, dejándonos como borrachos.

Luego el barquito, sigilosamente, se hizo a la mar —comentó Red.

—Si hubiera hecho caso a mi instinto, ahora no estaría aquí —se lamentó Charlot.

—¡Eh, miren qué he encontrado en el fondo de este cajón!

Red Freeman, triunfal, mostró una linterna.

—¿Y funciona? —inquirió la joven.

Red desplazó el botón de conexión y salió un haz de luz.

—Magnífico —exclamó Charlot—. Procure que no se le gaste la pila.

—Bien, ya tenemos una linterna y un timón, no es mucho, pero menos es nada.

Esperemos que este cascarón para desguace, como usted dice, no se nos hunda de un momento a otro.

—Pues no lo ponga a prueba como ha hecho antes. La corriente del golfo, en según qué zonas, es como un verdadero río dentro de océano y, sin funcionar la hélice, ponerlo de costado es arriesgarse a que nos ponga la quilla por sombrero.

—Dejaremos el timón recto, que vaya él solito mientras no haya claridad.

—Un momento... ¿Ustedes creen en todo eso del triángulo del diablo? Me refiero a esos barcos y aviones que desaparecen misteriosamente en esta zona.

—Según las estadísticas, es cierto, pero es que el tráfico es muy denso en esta zona del mundo —le respondió Red—. No creo en espectros que surgen de las profundidades oceánicas para subir a bordo y llevarse a los vivos.

—Espectros, no, pero ¿y ese poder absorbente de algún ojo marino? Hablan de un remolino que, por diferencia de presión, engulle hasta a los

aviones que vuelan por encima.
—No, no creo, en fin, ¿qué más da? Salgamos de aquí, supongo que todos tenemos sed y hambre.
—Un momento, yo me llevo esto. —Y tomó una barra de hierro.
—No está mal —opinó Freeman—, un arma contundente y quizá haga falta.
—Usted ha dicho que cree que Randolph Hyman está a bordo, nos podemos topar con él.
Red Freeman fue a responderle aleo que bullía en su mente, mas se contuvo. Juana de Arco pareció darse cuenta de su intención y preguntó: —¿Estás pensando que ese Randolph Hyman puede ser uno de nosotros, me refiero a un miembro del grupo?
—Sí.
—¿Uno de nosotros? —repitió Charlot, muy preocupado.
—Sí, creo que sí, pero puedo estar equivocado. En fin, lo que podríamos hacer, por el momento, es no decir nada respecto al timón. Si lo explicamos, Randolph Hyman podría tratar de bloquearlo por temor a que tengamos una posibilidad de escapar a la trampa que nos ha tendido.
—No es posible. Estábamos todos juntos, cuando ahorcaron a Lafayette.
—Eso parece cierto— admitió Red.
—Nos dijeron que eran dos, un loco y un muerto, aunque sea estúpido admitir que un muerto pueda andar por la nave como si fuera un vivo más.
—Yo creo que eso no hay que mentarlo mucho. En nuestras circunstancias, me temo que es fácil de creer cualquier cosa —opinó Charlot.
—Tiene razón. La soledad en que nos encontramos, el océano, esta niebla y dos muertos, pueden hacernos ver lo que no existe.
—De todos modos, lo que no entiendo —observó, Juana de Arco—, es que si el asesino es uno del grupo y, al parecer, tiene un cómplice que ha ahorcado a Lafayette, lo cual es horrible, ¿por qué utilizó el reloj y la conexión con el magnetófono a cassette?
—Quizá sea para desconcertamos —dijo Red—. Vamos, salgamos de aquí.
Descendieron del puente, cerrando la puerta.
La niebla seguía tan espesa como antes. Juana de Arco evitó mirar hacia donde pendía el cadáver de Lafayette.
—¡Eh, somos nosotros que volvemos! —advirtió Red, mientras cruzaban la despejada cubierta.
—¿Han encontrado algo? —preguntó el juez, que seguía vistiendo su espeluznante traje de la Muerte.
—Una linterna y una barra de hierro para defendernos, respondió la joven de la armadura.
Al concluir su frase, escucharon un golpe sordo y todos se volvieron hacia el puente.
—¿Qué ha sido eso? —gritó Popea.
—Parece que ha caído algo por ahí —indicó Florence Nightingale

señalando hacia el puente.

—Un momento, esta maldita niebla no la traspasa ni la linterna. Y pensar que por encima de ella luce un sol espléndido —gruñó Red.

—Eh, ¿adónde va, sólo? —preguntó el militar.

—Sólo voy ahí mismo —dijo Red, desapareciendo tras la niebla lechosa amarillenta que nada, o casi nada, dejaba ver.

Quedó como diluido por la niebla, como si acabaran de bajar un telón entre él y los demás miembros del grupo.

Red encontró el cadáver de Lafayette en el suelo de cubierta. La cuerda aún pendía del polipasto de la grúa, pero el cuerpo estaba caído. Era lo que había supuesto.

Lafayette tenía los ojos cerrados y no se le veía la lengua fuera de la boca.

Supuso que lo habían colgado ya cadáver o poco le faltaba cuando le habían puesto la soga al cuello.

—Esto ya no te hace falta —gruñó Red, quitándole la casaca azul que llevaba.

Cuando se la hubo quitado, escuchó un ruido sobre él y tuvo la sensación de que alguien andaba por encima. Tuvo deseos de ir hacia la escalera y correr hacia lo alto, pero de poco le iba a servir. La maldita niebla lechosa no dejaba ver nada más allá de dos pasos, pero estaba seguro de que alguien andaba por el puente.

Se retiró hacia el grupo, llevando consigo la casaca.

—¿Qué ha sido? —preguntó el juez.

—Han descolgado a Lafayette. Traigo esto para ti, Chely. Por favor, devuélveme mi jersey.

—¿Y me he de poner la ropa de un muerto? —preguntó, asustada, como dispuesta a defender el jersey que la cubría.

—Hasta que no encontremos tu abrigo, sí.

—¿Ha visto algo más? —preguntó el mayor Shoper.

—¿Seguro que ninguno se ha movido de aquí? — inquirió Freeman.

—No, no nos hemos movido. Todos podíamos vernos los unos a los otros —dijo Florence Nightingale.

—Entonces, no estamos solos en el barquito. He oído ruidos y seguro que Lafayette no los ha hecho. Había alguien arriba, en el puente. Si no hubiera sido por la niebla...

—¿No ha podido verle? —preguntó Charlot, muy interesado.

—No. Esta maldita niebla no permite ver nada; esperemos que escampe un poco.

A regañadientes, porque no quería soltar el jersey de Red, Chely Baeza se lo devolvió y luego tomó la casaca azul. No hacía frío, la temperatura, resultaba agradable; sin embargo, no era para estar casi desnuda, sin un sol directo que pudiera compensar.

—Doctor, Lafayette o quien sea, está muerto, no cabe duda.

—Lo imagino por las horas que ha estado colgado —aceptó el personaje

que vestía como Robespierre.

—Sí, está ya con muchas horas encima; sin embargo, me da la impresión de que ha muerto de otra cosa.

—¿De otra cosa?

—¿Puede venir un momento conmigo?

—¿Con usted a solas? —se alarmó el ginecólogo.

—Yo voy con ustedes —propuso Juana de Arco— Después de todo, estoy protegida por la armadura.

—Bueno, si vamos los tres —aceptó, a regañadientes, aquel médico de escasa personalidad.

El médico fue llevado hasta donde debía yacer Lafayette, pero, incomprensiblemente, el cuerpo había desaparecido.

—¿No decía que el cadáver estaba aquí?

—Sí —respondió Freeman, mirando la soga abierta.

—¿Seguro que estaba muerto? —insistió Juana de Arco.

—Segurísimo, no comprendo cómo ha podido desaparecer. La verdad es que he oído un ruido sospechoso. Es posible que haya alguien suelto por ahí y que se lo haya llevado.

—Lo hubiéramos oído —dijo la muchacha.

—Esto es inquietante. Ahora sí estoy convencido de que por ahí anda alguien suelto y que es peligroso.

—Volvamos, volvamos con los demás —pidió el ginecólogo, sin poder contener su nerviosismo.

—¿Cómo estaba el muerto? —preguntó la enfermera de la linterna.

—El muerto ha desaparecido —respondió apresuradamente el ginecólogo.

—Usted es el único que ha estado con el muerto a solas —acusó el mayor Shoper, demostrando su aversión hacia Red Freeman que, con su espontaneidad, sin proponérselo, se convertía en dominante del grupo.

—Sí, he estado a solas y le he quitado la casaca que ahora lleva Chely. No sean estúpidos; si hubiera querido hacer alguna argucia, no habría llevado al doctor hasta donde se hallaba el cadáver.

—Tiene razón —apoyó Chely Baeza, dispuesta a beber las palabras del joven universitario pelirrojo.

—Bien, convengamos que hay algo feo en todo esto.

Dos hombres han sido asesinados y, ahora, un cadáver ha desaparecido. Esto es un caso para la policía, pero como aquí estamos solos, debemos hacer una exploración del buque.

—Eso es lo que íbamos a hacer, juez —le dijo Fred. Encarándose con Charlot, preguntó—: ¿Dispuesto a seguir adelante?

—Sí, yo voy con esto. —Mostró la barra de hierro.

—Es posible que nos encontremos a alguien. Los cadáveres no desaparecen solos.

—El buque no es demasiado grande, no ha de costarles mucho registrarlo a fondo — observó la Muerte.

Charlot puntualizó:

—-No es muy grande, pero sí suficiente para que pueda esconderse alguien y que no logremos encontrarlo.

Juana de Arco se fue con Red y Charlot. Los tres descendieron al salón y allí abajo se hizo indispensable la linterna, que perforó las tinieblas.

Todo ofrecía el triste aspecto de una fiesta concluida, con la pincelada trágica de los ataúdes.

—¡Miren eso, hay dos ataúdes llenos! —exclamó Juana de Arco.

No hacían falta las palabras de la joven, embutida en su armadura de plástico, porque Red había iluminado primero uno y luego el otro al percatarse de que, efectivamente, estaban llenos.

Se acercaron, y observaron al centurión que yacía boca abajo con el puñal hundido hasta la empuñadura, en mitad de la espalda. El golpe asestado con aquel arma debía haber sido muy fuerte.

Lafayette, sin su casaca, yacía de costado dentro del féretro.

—Hace unos minutos estaba arriba, ahora está aquí abajo —observó Red —. Tiene que haber alguna otra entrada a este lugar; de lo contrario, se habría hecho notar.

Estábamos cerca de la escalera mientras lo trasladaban.

Charlot miró a su alrededor, preocupado. Sostenía la barra de hierro, no como el bastón que habría de formar parte de su disfraz, sino como un jugador de hockey sobre hielo sostendría su stick dispuesto a dar el golpe.

—Esto es horrible. Estos pobres hombres que no hace mucho vivían, ahora yacen asesinados y parece absurdo. El asesino nos ha tenido en sus manos mientras estábamos drogados. Si deseaba matamos, podía haberlos hecho ya. ¿Por qué nos ha dejado despertar para irnos asesinando después?

—No soy un psiquiatra, pero creo que así se divierte— opinó Red.

—Pues yo no le veo la gracia —gruñó Charlot, que no cesaba de mirar en derredor para que no le cogieran desprevenido.

—Ha de tratarse de un loco para montar todo este circo, esta broma macabra.

Juana de Arco no sabía cómo aguantaba toda aquella situación. Era una niña bien, muy refinada y culta, y apenas había visto un par de cadáveres en su vida, y muy compuestos dentro de sus respectivos ataúdes.

Aquello era distinto: Un hombre con un puñal ensartado en la espalda, otro ahorcado y con el peligro de pasar ella misma a engrosar la colección. Quizá era el hambre y la sed lo que le daban entereza, o el estar embutida dentro de la armadura que, aún siendo de plástico, parecía brindarle una cierta protección.

—Yo no creo en fantasmas —puntualizó Red—, pero a bordo hay alguien muy peligroso, eso es evidente. Lo que ignoro es si el que se ampara en la oscuridad para atormentarnos, antes de irnos matando uno por uno, es Randolph Hyman u otro ser tan diabólico y asesino como él. Hemos de ir muy juntos y cada sonido, cada sombra que veamos, hay que escudriñarla con

atención. Podemos ser atacados en cualquier momento.

—¿Hacia dónde vamos, ahora? —inquirió Juana de Arco.

—¿Qué le parece, Van Sheider?

Charlot miró hacia el fondo y dijo:

—En aquella dirección tiene que haber alguna puerta que comunique con las otras dependencias de la nave.

—Sí. Hemos de buscar la despensa y dar un vistazo a la maquinaria, por si es útil.

—No vaya a creer que también soy mecánico. A lo máximo que llego es a cambiarle las bujías y el filtro del aire a un automóvil.

—Entiendo; sin embargo, siempre se puede dar un vistazo.

Se apartaron de los cadáveres y caminaron sorteando los otros ataúdes que yacían desperdigados.

Llegaban ya a la pared, cuando la mujer señaló hacia uno de los lados.

—Miren esas cajas. ¿Pueden contener algo?

Efectivamente, había dos cajas. Se acercaron a ellas y Red Freeman las enfocó de lleno con su linterna que no daba mucha luz y tampoco era demasiado focal, pues la desperdigaba bastante, formando un halo amplio y un pequeño cono lumínico centra] de no demasiada potencia.

—Una caja de bourbon y otra de champaña. Tenemos bebida para emborracharnos a placer —observó Charlot.

—Bueno, ya hemos encontrado algo. Parece que el champaña es más flojo que el bourbon y como tengo sed, voy a descorchar una.

Charlot, con su barra, abrió una de las cajas. Red entregó la linterna a Juana de Arco y se dedicó a descorchar la botella. El tapón produjo su característico ruido al dejar escapar el gas encerrado dentro del cristal.

—No celebramos nada; sería macabro, con lo que está sucediendo. Anda, Doncella de Orleáns, toma un trago.

—La verdad es que tengo sed y como no hay agua, mejor champaña que nada.

También me ayudará, un poco, a soportar todo lo que nos sucede.

Ella bebió del gollete. Luego, Red pasó la botella a Charlot y éste también bebió. Al fin, lo hizo generosamente el propio Freeman, que tras secarse bigote y barba con el dorso de la manga de su jersey, dijo:

—Por lo menos, iremos un poco más animados.

Encontraron una puerta tal como había supuesto Charlot y la cruzaron. Era la puerta por la que habían entrado los ataúdes cuando fueran cargados a bordo.

Al traspasar aquella puerta, todo cambió; ya no había decoración más o menos acertada.

Reims van Sheider, alias Charlot tenía razón al decir que era una especie de barco correo para desguace, viejo, oxidado y carcomido en sus maderas.

Red Freeman pasó la linterna por delante de ellos y pudieron ver que era lóbrego, como sacado de un cuadro terrorífico. Las puertas gruñían

quejumbrosas y tras cada una de ellas parecía haber agazapado algo horrible.

—¿Miramos los camarotes? —preguntó la joven, observando las puertas con mucho recelo, como si temiera que de alguna de ellas y, de un instante a otro, fuera a salir algún espectro. En aquellos momentos, agradeció el calorcillo que el champaña había proporcionado a su estómago.

—Sí, aquí están los camarotes de lo que podía constituir el pasaje de este barquito que, es de suponer, fuera correo. La cocina no estará lejos.

Por el corredor, llegaron a una especie de salita que tenía dos escaleras, a derecha e izquierda respectivamente. Una subía a la pequeña cubierta de popa y la otra, debía sumergirse en las entrañas de la nave. Frente a ellos, el pasillo continuaba.

—Ahí deben estar los camarotes de la tripulación —observó Charlot.

—¿Damos un vistazo? —preguntó Juana de Arco.

—Bueno, hemos dejado los camarotes del pasaje; veamos qué hay en los de la tripulación. Luego bajaremos.

Abrieron una puerta y descubrieron un camarote más amplio de lo habitual. Tenía seis literas.

—Debe ser para tripulación sin graduación —comentó el actor de tercera clase.

Abrieron el camarote, que estaba frente al que acababan de inspeccionar, y Red dijo: —Este parece idéntico al otro.

Efectivamente, era igual, más los que encontraron a continuación eran distintos.

Al abrir uno de ellos y barrerlo con el haz de luz, la joven gritó sin poderse contener, ocultando el rostro contra la pared.

—¡Calma, calma! —le pidió Red.

No hacía falta ver más.

Allí estaba el cadáver de un oficial, muerto a hachazos en su propia litera. La sangre se había desparramado por el suelo, sin encharcarse debido al continuo balanceo de la nave y las ratas habían encontrado allí alimento.

La luz de la linterna que Red manejaba las hizo corretear y chillar de espanto, sorprendidas en su repugnante necrofagia.

Algunas se fueron por el ojo de buey, que estaba abierto, y debieron salir a cubierta, pues no daba al casco directamente.

Red buscó entre la documentación del oficial muerto y también en los cajones de la mesita.

Cerró la puerta tras de sí y dijo:

—Ya tenemos fósforos, algo de tabaco, una navaja y sabemos que el oficial que está ahí dentro, asesinado a hachazos, era canadiense.

—Dios mío, ¿qué significa todo esto?

Red observó que su Doncella de Orleáns se derrumbaba por momentos. La joven había tratado de mostrarse fuerte, pero ya no podía resistir más; quizá había sido el champaña, metida su estómago vacío y hambriento.

—¿Cree que lo ha asesinado el mismo que ha matado a los otros? —

preguntó el actor sin trabajo.

—¿Y quién, si no, iba a ser? Posiblemente, este marino colaboró a que el barquito se hiciera a la mar. Luego, ya en alta mar y como estorbaba para sus planes, se ha deshecho de él.

—Si es así, habrá otros —consideró Charlot—. Una embarcación como ésta, aunque no sea muy grande, no puede manejarla un hombre solo, máxime estando anticuada en todos los aspectos. No tiene ningún piloto automático ni nada que se le parezca. Seguro que, a lo más tardar, entró en servicio durante la primera guerra mundial y como hemos visto que no hay marinería, es posible que haya algún otro oficial como el que acabamos de ver.

—¿Estará en los otros camarotes?

—Sí, seguro.

—¡No, por favor, no!

Red Freeman cogió a la muchacha por el brazo, tratando de infundirle confianza en aquella difícil situación.

—Hemos de escudriñarlo todo para saber lo que ocurre a bordo. Es la única forma de que encontremos el medio de escapar.

—El pelirrojo tiene razón, señorita. Hay que verlo todo, por muy mal que nos siente.

—Yo no entro —dijo, decidida, aunque las piernas le temblaban.

—Está bien. Toma la linterna y quédate en el corredor. Nosotros sólo estaremos a un par de pasos de ti.

—¿Y cómo veremos? —preguntó Charlot, refiriéndose a que ella se quedaba con la linterna en la mano.

—Con los fósforos.

Los dos hombres, tras abrir una nueva puerta, se introdujeron en el camarote, encendiendo una cerilla.

La joven quedó fuera. Mientras oía cuchichear a los dos hombres que estaban dentro del camarote, movió la linterna, más por hacer algo que por descubrir nada.

Se sentía mal y tenía deseos de regresar a cubierta.

De pronto, el haz de luz dio en un rostro que estaba en aquella especie de salita que unía los camarotes de la marinería con los del pasaje y que tenía las escaleras de subida y bajada.

Aquel rostro horrible, espectral, fosforescente, mostraba una sonrisa macabra. Tenía la piel retorcida y putrefacta, como si fuera un cadáver surgido de las entrañas del pequeño buque. Aquel rostro estaba como suspendido en el aire, mirándola fijamente y no era una ilusión óptica ni una mala pesadilla.

El rostro comenzó a avanzar hacia ella. La joven quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta y aquel espectro se le echaba encima, sonriendo.

En el aire apareció una maza de madera. Ante el ya inminente mazazo, la joven gritó, como si un tapón hubiera obturado su garganta y ahora saltara bruscamente.

Todo lo que no había podido gritar antes, gritaba añora, mas sus gritos no evitaron que la maza cayera sobre ella. La linterna rodó por el suelo, apagándose.

CAPITULO VI

Red Freeman y el actor que iba disfrazado de Charlot salieron rápidamente del camarote al oír el grito y luego el golpe sordo. Al moverse con rapidez, el fósforo, ya consumido, se apagó.

Quedaron completamente a oscuras al salir al corredor.

—¿Dónde estás? —preguntó Red.

—La chica está en el suelo— indicó el actor.

Red encendió un nuevo fósforo y se inclinó sobre la joven, rápidamente.

—¡Doncella de Orleáns! —llamó.

Charlot recogió la linterna y probándola, dijo: —Funciona.

—¡Red, Red, sácame de aquí! —gimió la muchacha, estremeciéndose.

Red Freeman observó entonces que el yelmo de la armadura estaba abollado.

—Te has dado un buen golpe —dijo.

—¡No ha sido al caer, ha sido él, él!

—¿El, quién es él?

—Un ser monstruoso, sacado de algún lugar horrible Llevaba una maza y me ha atacado. Me duele la cabeza.

—Es cierto, esta abolladura del plástico no ha podido hacérsela al caer —opinó el actor—. Menos mal que aquí el plástico tenía un refuerzo para darle forma al yelmo; si no, le parten el cráneo como se casca una nuez.

—Hay que quitarte esto para ver cómo estás. ¿Cómo diablos se quita?

—Hay que abrir la armadura por los lados y sale, con el yelmo incluido —dijo la muchacha, todavía trastornada por el mazazo.

Red Freeman se encargó de hacer saltar las sujeciones que la armadura tenía en ambos costados.

Al quitar la armadura, salió el yelmo por encima de la cabeza y apareció la joven cubierta con una camisa antigua con un cordón que sujetaba el escote, rizándolo.

La abundante cabellera rubia se desbordó. El actor observó: —Este pelo habrá ayudado también a amortiguar el golpe al quedar entre el cráneo y el yelmo.

El yelmo no sólo estaba abollado, sino roto también.

Red, prescindiendo en aquellos momentos de la hermosura de la joven, le tocó la cabeza con las yemas de sus dedos, haciendo presión de cuando en cuando.

—¿Duele? —preguntaba.

—Un poco, un poco.

—Si no llega a ser por el yelmo, le rompen la cabeza —insistió Charlot.

—Sí, lo mismo que a Lafayette. Lo colgaron después de muerto; seguramente, si le miramos la cabeza, la tendrá rota. ¿Dices que llevaba una maza?

—Sí, la he visto con la linterna, estoy segura —dijo sin fuerzas, sentada con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Puedes describirlo un poco? —pidió Red.

—Es que no sé cómo describirlo, era un sujeto horrible, si es que era humano y estaba vivo. Era como un ser en descomposición, pero tenía ojos en sus cuencas y me miraba, sí, me miraba. Yo lo he iluminado con la linterna y él se me ha acercado rápidamente, golpeándome. Luego, no sé lo que ha pasado.

—Si has estado inconsciente, apenas habrá sido unos segundos. Cuando has gritado, hemos salido en seguida, pero, como estaba oscuro, no hemos visto a nadie más.

Red apagó el fósforo para no quemarse los dedos.

—¿Puedes andar? —preguntó, haciendo intención de levantarla entre sus brazos.

—Sí, sí, creo que puedo andar —dijo, poniéndose en pie trabajosamente. Buscó los ojos del hombre con ansiedad y preguntó—: ¿Qué habéis encontrado ahí dentro?

Charlot miró, preocupado, a Red Freeman. Este respondió con sinceridad:
—Algo parecido a lo que hemos visto en el otro camarote.

—¡Dios mío. Dios mío, es horroroso! Este buque fantasma está lleno de cadáveres y ratas, y nosotros moriremos también, moriremos también.

Red la atrajo hacia sí y la estrechó con sus brazos para hacerle pasar el miedo. Notó el cuerpo cálido de la joven apretándose contra la boca de su estómago.

—Vamos, vamos, ya ha pasado el peor momento.

—No, no ha pasado. Ese ser monstruoso está por ahí, asesinando.

—Creo que será mejor que regresemos a cubierta y digamos lo que ya llevamos encontrado —suspiró el actor.

Red, que mantenía a la muchacha apretada contra sí, dijo: —Sí, es mejor. —Acarició el cabello abundante y dorado de la fémina y le preguntó—: ¿Cómo he de llamarte?

—Mi nombre es Melissa.

—Melissa, saldremos de ésta, ya lo verás.

—Es horrible, pero no podremos escapar. Estamos dentro de una trampa, no podemos huir. El buque es nuestra cárcel y los elementos ayudan al asesino.

—Vamos, Melissa —le dijo, tomándola por los hombros y empujándola con suavidad.

Red recogió la armadura y el yelmo, y los llevó en su mano. Pasaron por delante de muchas puertas cerradas. Red deseaba abrirlas todas para averiguar qué había tras cada una de ellas, pero, yendo con Melissa, no lo creyó conveniente. La joven ya había pasado por un mal trago.

Reims van Sheider llevaba consigo la linterna, iluminando el camino, y la hoja de una navaja, abierta. Ya estaban armados, tenían dos navajas. No era

mucho, pero sí suficiente para defenderse. Tampoco había descuidado la barra de hierro, que asía con la misma mano que la navaja.

Pasaron por el salón de los ataúdes, aquel salón macabro donde se había celebrado la fiesta de carnaval.

—Un momento —pidió Red—. Cogeré algunas botellas. No hay comida, por ahora, pero no irá mal un poco de bebida. Ayudará a pasar el mal rato.

Utilizando la armadura de Melissa como bolsa, metió en ella varias botellas de bourbon y también de champaña. Después, salieron a cubierta donde seguía envolviéndoles la pertinaz niebla lechoso-amarillenta.

—¡Estamos aquí! —gritó el actor Van Sheider.

Se unieron al grupo. El juez Lanroi fue el primero en inquirir: —;Qué han descubierto? Hemos oído un grito.

—He sido yo —dijo la joven rubia.

Charlot explicó:

—La han atacado.

—¿Que la han atacado, dice? —interrogó nerviosa la mujer que vestía como Florence Nightingale.

—Sí, la han golpeado con una maza, pero llevaba puesto esto y se ha salvado de que le rompieran la cabeza —aclaró Red Freeman, levantando la armadura.

—Ha sido un ser horrible, como un muerto —musitó Melissa muy nerviosa, siendo objeto de atención por parte de todos los reunidos.

El mayor Shoper preguntó:

—¿Quiere decir que el asesino anda suelto por el barco?

—Sí, si es que sólo hay uno —respondió la interpelada.

—Hemos encontrado varios cadáveres más. Por cierto, el cuerpo de Lafayette, que había desaparecido, está dentro de un ataúd. El espectro ése, que ha golpeado a la señorita, se lo habrá llevado abajo y mucho me terno que su idea fija es cazamos a todos, uno por uno, e ir metiéndonos en los ataúdes —explicó Charlot.

Red dijo:

—Hemos encontrado a dos oficiales de marina mercante, asesinados. Hemos regresado por lo que nos ha sucedido.

—Tengo hambre gimió Chely Baeza, arrebujada en la casaca de Lafayette —. ¿No han encontrado comida?

—No hemos mirado por abajo. Por el momento, con dos muertos más, hemos pensado que debíamos comunicarlo —manifestó el actor.

—¡Tenemos el yate lleno de cadáveres, qué horror! —exclamó Popea.

—Si no escapamos de esta trampa, todos seguiremos el mismo camino —masculló el verdugo de New Jersey.

El juez Lanroi se quejó:

—¿Cómo vamos a escapar sin ver nada, absolutamente nada? Esta maldita niebla, ¿cuánto durará?

Nadie pudo darle respuesta.

Red repartió botellas y como todos estaban sedientos, bebieron con ansiedad y tosieron, ante la fuerza del bourbon.

Los tapones de las botellas de champaña saltaron hacia las aguas, en una macabra celebración. Quizá aquello fuera lo último que bebieran y todos buscaron, con sus bocas ávidas, los golletes de las botellas.

Red Freeman, que trataba de conservar la calma dentro de aquel caos, comprendió que, poco a poco, se estaban bestializando y que de allí a cometer las más absurdas locuras, sólo había un paso. No había comida y sí cadáveres, y whisky para perturbar sus mentes. ¿Acabarían disputando los cadáveres a las ratas?

Del centro del grupo, atenazado por el terror, como si fuera un volcán, brotó súbita e inopinadamente una carcajada, como anuncio de algo que podía venir después.

Así sucedió, porque el miedo y el alcohol formaban una extraña alianza dentro de aquellos seres que no tenían escapatoria. A una carcajada siguió otra y otra... Fueron carcajadas cascadas, aberrantes y contagiosas, a su vez.

El barco semejó oscilar más, bajo sus pies, al son que marcaban las olas.

El whisky y el champaña, en aquellos estómagos vacíos, en aquellas sangres sin alimento, hicieron su efecto de droga a la máxima potencia.

Chely Baeza, con una botella de bourbon en la mano, comenzó a danzar sobre cubierta mientras reía, sin más música que el rumor ligero que ascendía desde las aguas.

Los demás la imitaron, como si con aquella danza fueran a conjurar el miedo que sentían.

Fue algo grotesco en medio de la traidora niebla. Red Freeman observó que, por momentos, quedaban descontrolados, desaparecían unos de la vista de otros y volvían a aparecer mientras reían.

—¡No se separen, no se separen, volvamos a agruparnos! —chilló Red.

Gritos, carcajadas, extraños cantos brotaban de las gargantas súbitamente alcoholizadas. Aquella inesperada alegría se había contagiado.

—Melissa, Melissa, no te muevas —le pidió Red.

—No, no —repuso ella cuando, de pronto, se escuchó un alarido de muerte. Después, un golpe sordo.

Todas las risas cesaron de golpe, pero estaban borrachos y el barco, bajo sus pies, se mecía más y más de lo que realmente se estaba moviendo por efectos del leve oleaje.

El alcohol les estaba jugando la mala pasada de marearles, pero lo que habían oído era cierto: alguien había gritado.

Melissa, intuyendo algo horrible, se abrazó fuertemente contra el torso del hombre, como dispuesta a no dejarlo escapar.

CAPITULO VII

El actor Reims van Sheider yacía sobre cubierta con una larga y gruesa aguja de hacer calceta ensartada en su cuerpo. Se la habían clavado por la boca del estómago, en forma ascendente.

El propio médico diagnosticó:

—Se la han hundido hasta el corazón, la muerte ha sido casi instantánea —explicó con voz algo estropajosa.

A él tampoco le había sentado demasiado bien el alcohol, la única bebida que habían encontrado por el momento.

—¿Cómo ha podido ser? —preguntó el juez, sin demasiado equilibrio.

Howard, el industrial electrónico de New Jersey, gruñó: —Estamos todos borrachos...

—¡La culpa es del joven pelirrojo, usted nos ha embriagado! —acusó la enfermera.

—Les he gritado que no se dispersaran; hay un asesino suelto, aunque no comprendo cómo se ha arriesgado a mezclarse con nosotros, aquí, en cubierta. ¿Seguro que no faltaba nadie de ustedes cuando la joven de la armadura, el fallecido y yo, estábamos fuera de aquí?

Se miraron unos a otros. Popea dijo:

—No se ha marchado nadie, nadie.

—Hay que cazar a ese fantasma —dijo, tajante, el militar.

Melissa advirtió, resuelta:

—Yo no vuelvo a bajar.

—No esta vez iremos a la busca y captura, otros tres —puntualizó el mayor Shoper— . Usted, verdugo, que tiene un aspecto fornido y usted, doctor.

—¿Yo? —brincó el ginecólogo.

—Sí. Usted como médico, puede ser útil. Cojan la barra de hierro que traía ese desgraciado, la linterna y los fósforos. Iremos a explorar juntos.

Popea comenzó a llorar. Sus carcajadas de antes eran ahora, un llanto intermitente, como una lluvia otoñal en Nueva York.

—Vayan ustedes abajo. Nosotros iremos a la punta de proa, pase lo que pase — puntualizó el mayor Shoper—. Así estaremos seguros de que no nos vamos a topar con ninguno de ustedes.

Se aceptaron las reglas.

El trío formado por al mayor Shoper, el industrial de New Jersey que vestía de verdugo y el doctor en ginecología, pertrechados con lo que tenían, es decir, la linterna, una navaja, una barra de hierro y los fósforos, se marcharon muy juntos.

Lo mismo hicieron Chely Baeza, Popea, Florence Nightingale, Melissa, la Muerte (que no era otro que el juez Lanroi) y Red Freeman, que se dirigieron a la punta de proa, donde si eran atacados, tenían que hacerlo de frente.

Ya en la proa que surcaba las aguas oceánicas, empujados por la corriente del golfo, notaron más el balanceo de la nave.

Viendo la baranda de cubierta a derecha e izquierda, se sintieron más seguros, aunque Popea no cesaba de llorar sin que nadie se molestase en calmarla.

Chely Baeza había quedado como idiotizada; a intervalos, hipaba con fuerza, sobresaltando a Florence Nightingale que cada vez que oía su hipo, daba un respingo.

Melissa se había sentado en el suelo, apoyando la espalda contra la baranda.

Con una de las dos navajas que habían encontrado. Red cortó el plástico separando el yelmo del resto de la armadura.

—Ponte la coraza —le dijo, a la muchacha—. No pasarás frío y no te verás con la cabeza encerrada dentro del yelmo.

Melissa aceptó la coraza y espaldera, ya libre del yelmo que le había salvado la vida.

Se sintió mejor, dentro de la armadura descabezada. Sentía mucho calor en el cuerpo y, al propio tiempo, un dolor en el estómago que suponía producto del hambre?

—Esta niebla tiene que escampar —le dijo Red, casi en tono confidencial.

Melissa respondió, desanimada.

—Cuando eso ocurra, quizá ya sea tarde. No sabemos si estamos a poca distancia de un arrecife contra el cual iremos a chocar. Si eso sucede, no se salvará nadie.

—Esperemos que haya suerte.

Florence Nightingale intervino con su voz autoritaria y algo cascada.

—-Si nos hundimos nosotros, también se hundirá ese muerto que usted ha visto.

—No estaba muerto sino vivo, y me ha atacado —replicó la joven.

—Lo digo por la descripción que ha hecho de ese ser.

—Sí, era horrible, tengo que admitirlo. —Se tocó la cabeza y suspiró—. Todavía me duele.

—Y habiendo estado tan cerca de él, ¿no puede dar más detalles? —insistió la enfermera de la linterna.

—No he podido verle bien, estaba oscuro y sólo tenía la linterna.

—Tres hombres podrán enfrentarse a ese asesino si se topan con él.

—Esperemos que lo vean venir de cara. Ese ser se mueve muy rápida y silenciosamente por dentro de la nave. No hace ruido y aparece cuando menos lo esperas —observó Red, que era el que parecía más despejado.

Los demás mostraban efectos evidentes de haber bebido.

—¿Cree que se trata de ese Randolph Hyman? —preguntó, de nuevo, la enfermera de la linterna.

—No lo sé —respondió Melissa—. Tenía la cara monstruosa, como fosforescente, y, a su vez, estaba como putrefacto. Es difícil explicarlo, ha

sido una experiencia horrible.

—Nos lo imaginamos —asintió Florence Nightingale.

—No, no creo que se lo puedan imaginar. En aquellos momentos, yo era la víctima escogida.

—Sí, y luego ha muerto el que vestía de Charlot. Parecía un buen hombre —observó la enfermera, con pesadumbre.

—Creo que lo era —aceptó Melissa.

Red Freeman, sin mirar a nadie, añadió:

—Lo que no comprendo es cómo, con el aspecto que tiene, puede moverse entre nosotros y no lo descubrimos hasta que ha actuado, hasta que ha cometido otro crimen.

Todos quedaron pensativos. Era difícil dar una respuesta a aquella pregunta lanzada al aire. La enfermera de la linterna dijo, al fin: —Será porque ninguno de nosotros tiene un aspecto normal; hay que ver cómo vestimos. Yo, de enfermera; hay una Popea y no digamos cómo va Chely Baeza y el juez, que viste como la Muerte. Tenemos un Robespierre, un mariscal napoleónico y un verdugo, menos mal que anda sin la capucha, y la señorita, con su armadura de Juana de Arco. Usted, pelirrojo, es el único que no viste de nada especial.

—Es cierto —admitió Red Freeman—. Sin embargo, el asesino se mueve entre nosotros y hemos comprobado que actúa sin ser uno de nosotros. No lo entiendo, a menos que sean dos y no uno.

—¿Dos? —repitió la enfermera de la linterna.

El juez Lanroi intervino, recordando:

—En la grabación que nos pasaron decía que eran dos, un loco y un muerto.

Red Freeman iba a decir algo más, pero en aquel momento ocurrió algo muy deseado y que, al mismo tiempo, les cogió por sorpresa.

Sonó la sirena de un barco. No cabía duda de ello, era el aviso de otra nave que surcaba las aguas, inmersa en aquella maldita niebla lechoso-amarillenta. Todos se pusieron de pie rápidamente y escrutaron en derredor, tratando de ver al otro barco.

—¡Es la salvación, la salvación! —Gritó Popea—. ¡Socorro, auxilio!

—No creo que la oigan —objetó Red Freeman—. Esperemos que se acerquen más. Lo que no sabemos es si viene en dirección contraria o si sigue nuestra misma ruta, pero a más velocidad, puesto que llevarán los motores en marcha.

—A mí me parece que es por ahí —señaló el juez, asomándose por la punta de proa.

—¿No podríamos hacer señales, nosotros? —inquirió Chely Baeza, con ansiedad súbitamente despejada.

—¡Hemos de conseguir que nos vean! —exclamó la enfermera de la linterna, alzando los brazos ingenuamente como para hacer señales.

Tuvieron unos instantes de silencio e inquietud.

No veían nada más que el propio grupo, y la cubierta de la proa con su baranda. Se veían a sí mismos, pero no las aguas sobre las que flotaban a la deriva, con riesgo de que algún bandazo hiciera escorar la nave, ya que ésta carecía de gobierno. Se volvió a oír la sirena del otro barco.

—¡Está más cerca, está más cerca! —chilló Popea.

El juez Lanroi, exasperado, exclamó:

—¡Habrá alguna forma para hacer sonar la alarma de nuestro barco!

—No veo la forma y con esta niebla, ni encendiendo fuego nos verían —replicó Red.

—¡Tiene que haber alguna manera! —Gritó el juez Lanroi—. Seguro que la sirena de esta nave funciona, iré a ver...

—¡No se vaya! —le gritó Red, mas no pudo evitar que desapareciera entre la niebla, corriendo hacia la escalera que conducía al puente de gobierno.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Florence Nightingale.

—Está loco, no podrá hacer funcionar la sirena si no hay fluido eléctrico —gruñó Freeman.

—¡Socorro, auxilio! —seguía gritando Popea, asomada a la baranda.

El otro barco se les fue acercando más y más. No lo veían, pero lo notaban. Siguió tocando la sirena, dando aviso.

—Nos tendrá controlado con su radar para no chocar contra nosotros. Esperemos que vea algo anormal en nuestra nave y lo denuncie. Si es así, nos vendrán a buscar — opinó Red Freeman.

Escucharon hasta el ruido de los motores de la otra nave.

Siguieron gritando inútilmente; al otro lado de la niebla, sólo respondió la sirena que advertía del paso de un navío contra el que podían chocar.

La nave comenzó a balancearse, acusando la cercana presencia de un buque que forzosamente tenía que ser mucho mayor, a juzgar por el oleaje que provocó a su paso.

La esperanza se difuminó en pocos instantes, pues la sirena, bronca y profunda, de la otra nave, les rebasó y pasó de largo. Ni siquiera pudieron ver la sombra del otro buque pese a que habían sido zarandeados a su paso.

La desesperación cundió en el grupo. Su oportunidad de escapar pasaba de largo sin poder aprovecharla; la maldita niebla lo impedía. Ninguno de ellos hubiera sospechado con anterioridad, que en aquella zona del mundo pudiera haber una niebla tan maligna y persistente. Lo que se contaba en los libros que aludían al Triángulo del Diablo, el área maldita donde aviones y barcos desaparecían sin dejar rastro, era cierto.

El juez Lanroi, como cabía suponer, no había podido poner en funcionamiento la sirena del barco. La nave que pasaba junto a ellos estaría tratando de ponerse en contacto por radio, mas la radio del barco correo fantasma no funcionaba. Todos los sistemas de transmisión y señalización, habían sido destruidos meticulosamente.

Red Freeman se encontró un tanto desconcertado en medio de aquel caos en que se hallaban inmersos. Una tenue esperanza se alejaba de ellos. De

pronto, un grito.

—¡Popea, Popea! —llamó Chely Baeza, llevándose las manos a la cabeza.

Al volver su cara. Red buscó a Popea, pero la mujer ya no estaba.

Había desaparecido, precisamente, por delante de la proa. Fred corrió hacia la baranda y miró hacia abajo, lo mismo a babor que a estribor, mas no se veía nada, absolutamente nada, y la mujer que acababa de desaparecer por la borda, ni siquiera gritaba.

—¿Se ha lanzado al agua? —inquirió Florence Nightingale.

En aquellos momentos, comenzó a soplar una brisa ligera que fue arrancando la niebla a jirones.

CAPITULO VIII

La brisa aumentaba por momentos.

Chely Baeza bebía alocadamente de su botella de bourbon, para escapar a la monstruosa realidad.

Red le arrebató la botella y la lanzó al agua, aunque sabía que poco iba a conseguir con ello. Había más botellas en el buque. El alcohol, en aquellos momentos desesperados, quizá podía evitar que Chely Baeza, que se lo había quedado mirando con ojos enrojecidos, no se arrojara al agua como había hecho Popea, la presidente de la Federación de Comités de Damas de la Beneficencia Filantrópica.

—No se podía hacer nada por ella —comentó la enfermera, en tono quedo, acariciando con su mano desmesuradamente grande y huesuda el farolito que colgaba de su capa de la Cruz Roja.

La brisa fue en aumento y la niebla se estiraba a retazos. La visibilidad era cada vez mayor. Ya podían verse las aguas, aunque en determinados momentos pasaba un retazo de niebla grande que las ocultaba; luego, volvían a reaparecer.

También podían ver ya toda la superficie de la cubierta de proa e incluso, tímidamente, el sol había hecho alguna aparición, mas volvía a quedar oculto rápidamente.

Los cabellos de las mujeres comenzaron a notar la fuerza de la brisa que se transformaba en viento.

—¡Juez Lanroi, juez Lanroi! —llamó, a gritos, Red Freeman.

No obtuvo respuesta alguna.

—¿Le habrá sucedido algo? —inquirió la enfermera de la linterna.

La cuerda que pendía del polipasto del que había sido colgado Lafayette por el cuello, oscilaba a cada movimiento de la embarcación, pues parecía que las aguas se rizaban por momentos, al mismo ritmo que la niebla lechoso-amarillenta se iba desgarrando, perdiendo su poder envolvente y asfixiante.

De súbito, escucharon corridas y gritos. Eran unos gritos inconcretos, pero que reflejaban pavor y dolor amalgamados.

En cubierta aparecieron dos de los personajes que habían ido a explorar las entrañas del falso yate, aquel barquito para desguace, inservible en su mayor parte.

Quienes aparecieron en cubierta no eran otros que el mayor Shoper y el ginecólogo disfrazado de Robespierre.

Salieron como perseguidos por el diablo, trepando apresuradamente por la escalera.

Ante los ojos sorprendidos de todos, el mayor Shoper, sin dejar de correr, saltó por la baranda y desapareció en el océano.

Red corrió hacia la baranda mientras el médico se tiraba al suelo y comenzaba a revolcarse sobre sí mismo, como si se estuviera quemando vivo.

Como que el ginecólogo estaba sobre cubierta, Red no le prestó atención y fue hacia la baranda para intentar salvar al mayor Shoper que, sorprendentemente, se había arrojado al agua.

—¡Mayor, mayor! —gritó.

La brisa, convertida en viento, arrastraba la niebla, estorbando la visibilidad y también encrespaba las aguas. La corriente resultó más fuerte de lo que habían supuesto.

Red Freeman le vio desaparecer bajo las aguas y volver a aparecer. Buscó una cuerda y cuando la encontró, ya era tarde.

El mayor Shoper había desaparecido por la popa y era inútil lanzarse al agua en su busca, pues él mismo quedaría imposibilitado para regresar al pequeño buque.

Corrió hacia Robespierre que seguía revolcándose, mientras la enfermera de la linterna y Melissa seguían en la proa.

En aquel momento, Red comprendió lo que le sucedía a Robespierre.

Un enjambre de avispas negras zumbaba sobre él y se pegaba a sus ropas, hundiéndole sus aguijones en el cuerpo.

Exponiéndose a ser atacado, él también, se sacó el jersey y comenzó a golpear con fuerza contra Robespierre que gemía, ahora más quieto. Aplastó con sus pies a varias avispas mientras las demás se alzaban furiosas, aunque muchas de ellas ya habían perdido su arma en el violento ataque.

Melissa fue en su ayuda, aunque no sabía cómo iba a atacar a los insectos. Florence Nightingale corrió tras ella y entre los tres, recibiendo algunos aguijonazos, espantaron a las temibles avispas.

Carecían de botiquín y de cualquier cosa que pudiera aliviar los profundos dolores que sufría el médico. A intervalos, daba sacudidas con sus extremidades incontroladas. La cara se le hinchaba por momentos.

Con la mano, de cuando en cuando, Red aplastaba alguna avispa que había quedado rezagada sobre Robespierre, olvidándose de los aguijonazos que él mismo había recibido al tratar de liberar, de aquella tortura, al médico disfrazado de Robespierre.

—Doc, doc, ¿qué ha ocurrido? —le interpeló.

—En el camarote, en el camarote se oía un zumbido... —comenzó a explicar dificultosamente.

La enfermera le roció el rostro con whisky. El alcohol y la evaporación del mismo producían cierto alivio, aunque no evitaban aquella deformante hinchazón del rostro.

—Siga, doc, siga.

—Hemos abierto la puerta... El verdugo ha entrado primero, luego nosotros. El mayor ha tropezado y, de súbito, un enjambre de furiosas avispas allí encerradas, se ha abatido sobre nosotros. Ha sido horrible...

—¿Y el verdugo?

—Como llevaba menos ropa, ha sufrido lo peor. Creo que se ha quedado, abajo, en el camarote, cubierto de avispas —musitó el médico.

No tardó en perder el conocimiento, aunque siguió sufriendo espasmos dolorosos que nada tenían que ver con su estado consciente.

—Pobre hombre —comentó la enfermera de la linterna—. Dicen que estos insectos pueden matar hasta un caballo.

—Por eso el militar ha saltado al agua —observó Melissa, mientras Chely Baeza seguía en la proa, dispuesta a no moverse de donde estaba pese a que la embarcación se movía, ahora, con más fuerza.

El oleaje se levantaba y el sol brillaba cada vez con más intensidad. Paradójicamente, de cuando en cuando, quedaba cubierto por unos negros nubarrones que habían aparecido por encima de la niebla.

—Una trampa que nos tenía preparada nuestro anfitrión —gruñó Red Freeman, sintiéndose impotente para dar solución a la tragedia que estaban viviendo.

—Era lógico pensar que los camarotes serían registrados, y un cajón lleno de avispas tenía que hacer su efecto —opinó la enfermera mientras cada vez era más difícil mantener el equilibrio sobre cubierta.

El barco se balanceaba de costado; también hundía la proa en el agua para volver a levantarse en el aire. Todo sucedió en pocos minutos. Era como si hubieran entrado en el área de un huracán marino que en aquella parte del mundo resultaban tan frecuentes como devastadores.

Chely Baeza comenzó a chillar en la proa al ver las aguas oceánicas tan cerca, cuando la proa descendía para luego elevarse en el aire.

El cuerpo de Robespierre comenzó a desplazarse ligeramente sobre cubierta, a causa del intenso movimiento del barco zarandeado por el mar que se encrespaba por momentos.

Al mismo tiempo, la velocidad del viento aumentaba y el cielo se ennegrecía. Unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos.

—Esto se pone feo —gruñó Red, recibiendo la fuerte y súbita lluvia en su rostro barbado.

—¿Qué va a ocurrir, ahora? Parece un huracán —gimió Melissa.

—¡Socorro, nos vamos a hundir! —gritó Chely Baeza.

Huyó de proa, cogiéndose a la baranda mientras el agua del océano saltaba ya por encima de la baranda. Quedó empapada.

—Hay que ir abajo para protegerse.

—¿Abajo? Si se hunde la nave no nos podremos salvar —protestó la enfermera de la linterna.

—¿Acaso podremos salvarnos en cubierta, con este oleaje? —preguntó Red.

En aquel momento, el barco cambió de dirección unos sesenta o setenta grados y se atravesó en la corriente del golfo. Recibieron un bandazo que les hizo pensar que aquél era el momento final de su vida, pues parecía que la nave iba a caer volcada totalmente sobre las aguas.

Robespierre, sin conocimiento, resbaló sobre la cubierta que se había mojado.

Red saltó hacia él, mas la inclinación, por culpa del bandazo, era tan grande, que rodó sobre sí y Robespierre se fue al otro lado. Pasó entre los hierros de la barandilla y cayó al agua, desapareciendo de su vista.

Chely Baeza había logrado agarrarse a los hierros. Melissa y la dama de la linterna rodaron juntas hasta golpearse contra la escalera que subía al puente.

Cuando parecía que iba a quedar escorado, el pequeño barco recuperó su equilibrio, mas antes de que pudieran suspirar de alivio, recibieron otro bandazo tan malo como el anterior.

Las mujeres gritaron y el mismo Red estuvo a punto de salir por entre la baranda.

—¡Hay que bajar al salón, allí no corremos peligro de ser lanzados al mar!

—¡Sí, sí, es mejor estar abajo! —sollozó Chely Baeza, empapada en agua salada.

—¡Desciendan al salón, yo voy al puente! ¡Veré qué puedo hacer para evitar estos bandazos! —gritó Red cuando el viento ya silbaba, la lluvia flagelaba y el océano rugía.

Las mujeres, a trompicones, se dirigieron al falso salón que, en realidad, era bodega de carga, convenientemente decorada para que pudiera llevarse a cabo la macabra broma de carnaval.

Red Freeman trepó por la escalerilla que conducía al puente de gobierno. En lo alto, cruzado en la puerta, encontró la Muerte.

—¡Juez Lanroi!

En la parte superior de la escalera estaba la cabeza del juez, que yacía atravesado en la puerta, impidiendo que ésta se cerrara. Frente a su rostro, que mostraba los ojos abiertos, había sangre, sangre que había brotado por sus orejas.

—¡Maldita sea! —Rugió Red apartando el cadáver de la puerta y retirándolo a un lado—. Le han partido la cabeza.

Supuso que le habían golpeado con la maza con la que trataran de asesinar a Melissa, pero ésta se había librado de la muerte por varias circunstancias favorables a ella. El juez Lanroi no había tenido tanta suerte.

Red penetró en el puente y cerró la puerta en el instante que la nave sufría un nuevo bandazo. Estaban acosados por infinidad de peligros.

Pensó en las mujeres, que corrían el riesgo de ser atacadas por el asesino de la maza aunque, por lo visto, éste había agudizado su ingenio para procurarles diversos tipos de muertes, desde la desesperación y el hambre, a las avispas, pasando por una soga, la maza, una aguja de calceta y un cuchillo clavado en mitad de la espalda.

La nave estaba sembrada de cadáveres y zarandeada por el huracán.

Red Freeman no entendía de la lucha contra los elementos, en el mar. Ignoraba el radio que podía tener el área del huracán y si iban hacia su ojo o, simplemente, lo estaban cruzando en forma más o menos tangencial. No obstante, tenía que hacer algo porque el barco, en uno de los bandazos, metió la baranda de estribor en la mismísima agua, poniendo muchos grados de

inclinación a la cubierta.

En otra de las sacudidas del oleaje, ayudado por el vendaval, el barco giró sobre sí mismo como montado en un eje. En aquellos momentos, semejaba un cascarón de nuez metido en las fuertes corrientes de un río caudaloso.

Tomó el timón.

Ante él sólo veía el océano con un oleaje montañoso y el cielo cubierto por densos nubarrones que lanzaban rachas de lluvia. De pronto, intervinieron los relámpagos con sus ensordecedores truenos. Era como estar sumergido en una guerra bestial contra los elementos desencadenados.

Las ráfagas de agua golpeaban los cristales del puente. Allí había unos limpiadores, mas como no había corriente eléctrica no funcionaban. Apretando los dientes con rabia, como si de un pirata vikingo se tratara, Red agarró el timón y comenzó a hacerlo girar.

La embarcación no respondió a su control. Iba a derecha e izquierda; escoraba unas veces a babor, otras a estribor e, incluso, llegaba a meter la proa en el agua.

La cubierta se veía barrida por el aterrador oleaje que se alzaba ante Red como algo invencible, como poderosa fuerza satánica.

En una de las ocasiones, se elevó ante él, tal ola, que rebasó en altura a la mismísima torre donde estaba el puente. Dio la impresión de que el océano engullía aquel barquito cuyo nombre ignoraba.

Parecía como si aquella masa líquida de millones y millones de toneladas lo fuera a sepultar; sin embargo, comenzó a subir y a subir, como colocado encima de la cresta de una ola, y semejó que fuera a topar contra el techo nuboso.

Allí arriba, apenas se notaba la corriente del golfo. La embarcación era juguete del huracán mientras el timón giraba y giraba buscando un posible equilibrio para la nave.

Mientras, en el salón, se hizo la luz, bruscamente. Todo quedó iluminado, como si el contacto eléctrico se hubiera producido gracias a los bandazos que sufría el pequeño buque que parecía que iba a partirse en dos mitades.

—¡Luz, luz! —gritó Melissa, aterrada a una viga.

Una caja de whisky se desplazó a lo largo del piso del salón, yendo a estrellarse al final del mismo, donde estallaron las botellas, desparramándose los líquidos.

Florence Nightingale estaba agarrada a la baranda de la escalera y Chely Baeza perdió el equilibrio.

—¡Socorro! —chilló.

Uno de los bandazos la hizo cruzar el salón, yendo a chocar contra la pared opuesta donde quedó sentada.

—¡Agárrate donde puedas! —exclamó Melissa.

—¡Me he roto una pierna! —Gritó Chely Baeza—. ¡Me he roto una pierna! —Y continuó chillando.

Gracias a las abundantes bombillas que ahora lucían, Melissa pudo

observar la hermosa pierna de Chely Baeza que estaba girada.

—Sí, parece rota, pero cógete y no te muevas.

El espectáculo que vivían era tan peligroso como macabro. Los ataúdes resbalaban sobre el suelo mojado, pues el agua había entrado en aquel salón, que antes fuera bodega, por la amplia puerta con escalera ascendente.

De un lado a otro patinaban los ataúdes, chocando unos contra otros, produciendo extraños ruidos. Era horrible estar allí.

De pronto, la embarcación se inclinó de tal forma que pareció que iba a volcar por completo. Fue algo brutal y los ataúdes se desplazaron todos hacia el lado de estribor donde estaban las dos mujeres jóvenes.

Melissa, viendo venir hacia ella uno de los féretros, levantó las piernas. El ataúd chocó contra la pared por debajo de ella, rompiéndose.

Chely Baeza no tuvo tanta suerte.

El ataúd que encerraba al centurión, muerto de una puñalada en la espalda, fue contra ella y la joven no pudo moverse.

Aquella caja cargada con un cadáver fue como un ariete demoledor que alcanzó de lleno a la mujer, por el tronco.

Chely Baeza chilló con todas sus fuerzas al ver venir hacia ella aquel ataúd cargado.

Después, ya no pudo gritar más. Se escuchó un chasquido y la joven abrió mucho los ojos y la boca por la que vomitó sangre, inclinándose sobre el féretro. Empapó de sangre caliente el cadáver del centurión.

—¡Chely, Chely! —gritó Melissa, fuera de sí. Habían huido de la cubierta por temor a morir, y se habían metido en aquella trampa donde los propios ataúdes eran instrumento de muerte, al ser sacudidos de un lado a otro.

El pequeño barco recuperó el equilibrio, mas no tardó en ser sacudido hacia babor. El ataúd del centurión se desplazó hacia el otro lado, golpeando con fuerza la pared como los demás, pero en esta ocasión llevaba consigo, enganchando, el cadáver aplastado de una mujer que, en vida, había sido muy hermosa.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó Melissa, viendo venir hacia ella de nuevo a los ataúdes que parecían dispuestos a cargar letíferamente.

Se izó sobre la pared, sin dificultad, debido a como se había inclinado el barco, y las cajas chocaron por debajo de ella. La que contenía a Lafayette se destrozó y el cadáver saltó de costado.

—¡Enfermera, enfermera! —llamó, sin recordar el nombre de la dama que vestía como Florence Nightingale.

No la vio por parte alguna; había desaparecido y Melissa ignoraba cómo.

Aquella situación era dantesca, espeluznante.

En el salón-bodega, los ataúdes y los cadáveres se desplazaban de un lado a otro según los embates del mar, iluminado todo por la luz eléctrica, cuando antes no la habían tenido.

En medio de aquel caos, Melissa se sintió terriblemente sola. Tuvo deseos de gritar y lo hizo hasta quedarse ronca, mas nadie parecía oírla en aquella

zarabanda infernal.

Cajas de whisky, ataúdes, cadáveres, todo chocaba entre sí. El cuerpo de Lafayette salió despedido en uno de los embates del mar y Melissa lo recibió contra sí.

La mano del cadáver quedó contra su pecho y la cabeza, en su regazo.

No podía resistir aquello... El muerto parecía querer atrapario y llevársela consigo, como había hecho el cadáver del centurión con Chely Baeza, a la que había reventado con el choque.

Se quitó de encima el cadáver y saltó al interior de uno de los ataúdes. Se produjo un nuevo embate y el féretro resbaló sobre el piso mojado. Cruzó el salón yendo a parar junto a la escalera.

Sufrió golpes, pero no se entretuvo en mirar las moraduras. La armadura de su disfraz la estaba ayudando a soportar aquellos impactos. Se agarró a la baranda y saltó del ataúd cuando la embarcación se inclinaba hacia el lado de estribor.

De nuevo, aquel entrechocar de cajas y cadáveres mezclados con whisky, champaña y agua de mar.

Las luces se apagaron un momento, volviendo a lucir, casi de inmediato. Haciendo un esfuerzo enorme, luchando contra el viento y las sacudidas, Melissa comenzó a subir los peldaños.

Todo bailaba. Jamás había tenido sensaciones como aquéllas.. En ocasiones, la escalera semejaba estar vertical ante ella o casi horizontal.

Llegaba arriba, cuando una verdadera ola le dio de lleno, queriendo sumergirla de nuevo en el salón-bodega donde podía acabar aplastada como Chely Baeza.

El agua pasó sobre ella. Se había agarrado frenéticamente a la barandilla de la escalera y logró vencer el impulso de aquellas toneladas de agua. Después, se inclinó hacia babor.

Saltó los últimos peldaños, yendo a parar contra la baranda de cubierta. Estuvo a punto de precipitarse por encima de ella, mas pudo agarrarse lo suficiente para no salir despedida de la embarcación.

Había visto cómo su cabeza casi se metía en el agua, pero la posición del pequeño buque cambiaba a cada instante y cuando semejaba que iba a zozobrar por un costado, se inclinaba hacia la parte contraria.

La nave no terminaba de escorar de forma fija e irreparable, quizá porque no llevaba ninguna carga pesada en sus bodegas que pudiera desplazarse.

Agarrándose a las paredes, sufriendo los embates y la lluvia, totalmente mojada, consiguió llegar a la escalera que subía al puente de gobierno.

—¡Dios mío, ayúdame, ayúdame! —gemía, chorreando agua, sacudida como un pelele de un lado a otro, sin ni ella misma comprender cómo lograba agarrarse en cada situación a los lugares más inverosímiles, para evitar ser lanzada al mar.

Subió por la escalera y llegó a lo alto, agarrándose a la manecilla de la puerta.

Forcejeó con ella, pero la puerta estaba totalmente cerrada y no cedía. Extenuada, sin fuerzas, a punto de saltar por los aires y ser engullida por las gigantescas olas que el huracán empujaba, Melissa comenzó a golpear la puerta con uno de sus puños.

Se sentía vencida, no podía más, pero todavía luchaba.

CAPITULO IX

Red Freeman no daba importancia a los ruidos y golpes que escuchaba. Toda la embarcación crujía, parecía que iba a reventar y los ruidos eran múltiples.

Ya era un milagro que aquel viejo cascarón, sin máquinas que funcionasen, siguiera a flote en medio del huracán. Trataba de conseguir algo con el timón para colocar la nave de forma que no quedara cruzada contra las olas, sino que siguiera una marcha aleo más lógica, aunque sin funcionar la hélice era muy difícil lograrlo.

Al desviar su mirada hacia la izquierda, descubrió una mano golpeando el cristal de la puerta. Quedó perplejo un instante; luego, soltó el timón y franqueo la entrada sin vacilar, aun a riesgo de encontrarse ante algo muy desagradable.

—¡Melissa!

—¡Red! ¡Red!

La cogió por el brazo y la metió en la cabina del puente antes de que se fuera al agua, pues la embarcación se inclinó nuevamente, con mucho peligro para los jóvenes.

Consiguió entrar a Melissa en el pequeño recinto del puente de gobierno y cerró la puerta, aislándose del exterior. Allí dentro estaban algo más a salvo, aunque si el barco escoraba, estarían perdidos lo mismo.

Su suerte estaba unida a la de aquel barquito correo, sólo apto para el desguace o para ser llevado a alta mar, hacerle unos agujeros en la quilla y dejar que se hundiera apaciblemente tras una vida de intenso trabajo.

—¿Cómo has subido hasta aquí?

—Agarrándome a donde he podido —contestó Melissa, asiéndose a unos pasamanos, que había allí dentro para casos como aquél, mientras Red seguía aferrado al timón.

—Me refiero a por qué no estás con las demás.

—Ya no sé si hay alguien más.

Siempre tratando de conservar el equilibrio, Red miró a Melissa parpadeante.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido horrible, horrible, ya no bajo más.

—Explícate. Ahora que, curiosamente, tenemos fluido eléctrico, ¿qué ha ocurrido?

—La enfermera, la vieja dama, ha desaparecido y no sé cómo ni dónde.

—¿Ha caído al mar?

—No lo sé. El agua entraba en tromba por la escalera.

—¿Y Chely Baeza?

—Muerta.

—¿Cómo?

—¡Dios mío! ¡No quiero recordarlo! Pobre chica, ha quedado aplastada. ¡Qué poco suponía ella, al acudir alegremente a la fiesta de carnaval, que iba a terminar de esa forma!

—¿La ha golpeado algo?

—Sí, Lafayette dentro de su ataúd. El ataúd la ha aplastado contra la pared, como si un automóvil la hubiese embestido con ánimo de matarla.

—Pobre muchacha. Ya habrás visto al juez Lanroi.

—No.

—Estaba ahí fuera.

—Pues ya no está.

—Es posible que con estos bandazos el cadáver haya saltado al agua.

—¿Qué sucederá ahora, Red? Sólo quedamos tú y yo.

—Y el asesino que debe andar por alguna parte.

—Pero, el asesino también correrá el peligro de naufragar como nosotros.

—Eso parece, Melissa, y creo que no le teme a la muerte, que cuenta con ella. De lo contrario, no habría matado a los marinos que le han ayudado a poner esta basura en alta mar.

—¿Quieres decir que era una especie de suicidio y que quería morir matando?

—Algo así, aunque todo son suposiciones. Ignoramos qué bulle en su mente desequilibrada.

—No escaparemos vivos —gimió.

—No desesperes, aún estamos vivos. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Te parecerá absurdo, pero tengo hambre.

Cuando en la mente de la joven aún estaba fresca la imagen de Chely Baeza, vomitando sangre al morir, aquello le pareció increíble.

—Cuántas posibilidades hay de que un barco caduco y para desguace como éste, sin poder en sus máquinas, salga bien de un huracán oceánico?

—No lo sé, nunca me ha preocupado esta clase de estadísticas. Lo mío es la filosofía antigua y me temo que eso sirve, ahora, para nada.

—Sí, no sirve para nada —suspiró Melissa.

—No creo que sirva para hacer razonar a un demente, porque no puede ser otra cosa.

—¿No crees en un ser fantasmagórico?

—No, soy un racionalista y no creo en fantasmas.

—¿Y en poderes ocultos de la mente?

—Bueno, sé que están Uri Geller y Matthew Manning, que hacen cosas de circo. Es posible que tengan poderes paranormales; no obstante, por el momento, todo eso sólo sirve para divertir a los que antes practicaban el espiritismo; reuniones a las que ahora pretenden colocar una etiqueta científica. Eso no quiere decir que se hagan cosas que, hoy por hoy, son inexplicables, aunque soy de los que opinan que, cuando ocurren, es de forma inesperada, incontrolada y, por lo tanto, difícil de medir.

—Yo no sé qué pensar. Soy una chica aburrida que se había decidido a asistir a una fiesta de carnaval.

—¿Hija de millonario y aburrida? —preguntó Red, mientras el agua batía los cristales de la cabina y a cada fuerte embate de las olas, la embarcación parecía que iba a zozobrar.

—Sí, creo que porque mi papá tiene millones, he sido siempre una chica muy tímida y por eso, como traje, no he hecho como Chely Baeza, sino que me he metido dentro de una armadura.

—Lo que me dices es paradójico —contestó Red Freeman—. Lo lógico, teniendo tanto dinero, es ser extrovertida, ¿no?

—No, en mi caso. La verdad es que el mimado de papá es mi hermano Charles, él heredará las empresas de papá; yo sólo soy la hija que debe cultivarse para no hacer mal papel en la sociedad.

—Sin embargo, los dólares de tu padre te habrán abierto muchas puertas, ¿no?

—Sí, pero las he rechazado..

—¿Has preferido buscártelas por ti misma?

—Sí.

—¿Qué has estudiado?

—Historia del Arte y algo de pintura. Creo que no haría mal papel como crítico de arte.

—¿Has trabajado?

—Todavía no.

—¿Por qué, preferías vivir de las rentas de papá?

—Era más cómodo —respondió con absoluta sinceridad.

—Si sales de ésta, ¿te decidirás a hacerlo?

—Sí. Con esta experiencia se me están quitando las inhibiciones.

—Pues, eso es bueno.

—No creo que salgamos vivos de aquí.

—No seas pesimista, todavía no estamos muertos. ¿Sabes una cosa, Melissa?

—Si no me la dices...

—Si salimos de ésta, te ayudaré a buscar un empleo de crítico de arte en alguna parte. Lo que no te puedo garantizar es que te paguen algo interesante por tus críticas; a mí tampoco me salen los dólares por las orejas.

—Sí, ya me lo imagino, pero no me importa. Estoy cansada de ser una niña bien a la que se lo dan todo hecho.

—¡Hum!, pocas dirían eso. El afán de todo es obtener cuantos más bienes de consumo, mejor. Es la meta de la felicidad, hoy en día.

—No para mí que ya he podido saborear esa meta.

—Oye, ¿y qué tal de friend-boys?

—No puedo decir que me hayan faltado, pero no me han interesado.

—Eres una chica difícil, ¿eh?

—Un poco.

—Oye, ¿cuánto pagaría tu padre si le dijeran que te han raptado y exigen un rescate?

—No lo sé, depende de la publicidad que le diera la prensa.

—¿Una publicidad indirecta?

—Sí. Bueno, no debo ser tan cruel con papá. Sé que me quiere, pero a su manera. Es muy agresivo y pragmático, como buen americano que quiere hacerse millonario y lo consigue. Yo soy diferente.

—¿Y tu hermano?

—Calcado a papá.

—Entonces, no hay peligro de que se pierda la dinastía de los «cazamillones».

Aquel diálogo que Red Freeman había forzado, devolvió el ánimo a la magullada y empapada Melissa.

Había logrado arrancaría del terror que la atenazaba cuando intentaba abrir la puerta del puente de gobierno sin conseguirlo.

Mientras, la fuerza del temporal se fue desplazando y aunque la mar seguía montañosa y había ráfagas de viento y lluvia, la tempestad fue cediendo.

El pequeño barco no había terminado en su macabra navegación por el área marítima del Triángulo del Diablo.

CAPITULO X

Sorprendentemente, lucía un espléndido sol de tarde y un cielo despejado y nítido.

Aquellos cambios tan bruscos de la meteorología no eran raros en aquel lugar de la Tierra.

La mar estaba todavía rizada y parecía que así pasarían muchas horas, pero ya no estaban inmersos en una terrible tempestad. El pequeño barco se balanceaba mucho, aunque ya no peligrosamente.

—Ahí está la costa —dijo Red Freeman, señalando a través de los cristales, aunque Melissa ya lo estaba viendo.

—¿Cómo llegaremos allá?

—Creo que la única forma es dirigiendo el barco hacia ella.

—¿No chocaremos?

—Seguro que sí. Lo que hay que confiar es que toquemos fondo de arena cuando eso suceda.

Giró todo el timón, de modo que el pequeño barco fue torciendo su proa. Como no llevaba empuje de hélices, la embarcación oscilaba mucho y parecía indecisa. Al propio tiempo, había que confiar que las corrientes o empujaran hacia la costa porque si iba a alta mar, nada podrían hacer.

Había que dejar el barquito en manos del destino, pero con el timón colocado de forma que les llevara a tierra.

Red metió el resorte de fijación del timón y dijo: —Vamos a dar un vistazo por abajo a ver cómo está todo, antes de que se nos eche la noche encima sin haber conseguido llegar a tierra.

—¡Yo no quiero bajar! —exclamó la joven.

—¿Miedo?

—Sí, no me importa admitirlo.

—¿Prefieres quedarte encerrada aquí?

—No, eso tampoco, no quiero quedarme sola.

—En ese caso, tendrás que acompañarme. Hay demasiado misterio, demasiada tragedia y demasiada muerte a bordo para cerrar los ojos.

—Está bien, te acompañaré. Estoy extenuada, desfallecida.

—Es comprensible. Hace muchas horas que aguantamos. Hemos sido drogados, hemos tomado bebidas alcohólicas y estamos sin comer. Yo también me siento agotado, pero no vencido. Vamos abajo, antes de que se haga de noche. Es posible que nuestro asesino haya desaparecido.

Descendieron a la cubierta que se hallaba totalmente limpia; no había nada sobre ella. Cuanto hubiera podido haber, ya estaba en las profundidades del océano.

De pronto, la figura monstruosa saltó a cubierta, sorprendiéndoles y enfrentándose a ellos.

—¡Es él, es él! —gritó Melissa, señalándolo.

Era bajo, encorvado. Tenía el rostro horrible que Melissa descubriera y se cubría con una larga capa. En una de sus manos llevaba la contundente maza de madera. Se los había quedado mirando con actitud amenazadora.

—¡Melisa, eso no es un ser humano! —gritó Red.

—Dios mío... ¿Qué es entonces?

—Un simio, sí, un simio antropoide.

—¿Un gorila?

—No. Tiene la cara cubierta con una máscara, pero me parece que es un chimpancé macho, adulto, muy grande para su especie.

Aquel simio disfrazado basculó a derecha e izquierda, sin emitir ningún sonido.

De repente, saltó hacia Red con la maza en alto, pero no cogió desprevenido al joven pelirrojo que saltó de costado, escapando al mazazo del antropoide.

Melissa se aterró. Red podía caer, de un momento a otro, bajo la agresividad de aquel chimpancé adulto que le atacaba, mas Red, jugador de rugby, sabía cómo escapar a las embestidas.

Sin embargo, era una lucha desigual, puesto que el chimpancé asesino iba armado de la maza que manejaba con gran habilidad. Parecía haber sido entrenado para un circo.

El chimpancé recibió una patada de Red y rodó sobre cubierta hecho una pelota.

La careta medio cubrió su faz y se la arrancó para poder ver.

Melissa comprobó que, efectivamente, era un chimpancé. Estaba lejos de ofrecer el aspecto siniestro de un gorila, pero el chimpancé parecía mucho más inteligente y resabiado. Y entrenado para el mal, para el crimen, resultaba sumamente peligroso.

Se revolvió, furioso, para atacar de nuevo a Red Freeman, pero éste esquivó una vez más el mazazo y agarrándolo por la muñeca armada, jaló de ella.

Giró en círculo sobre sí mismo, alzándolo en el aire como si se tratara de un tiovivo y, al fin, lo soltó. El animal salió despedido por encima de la borda, cayendo al agua.

—¡Red, Red, has acabado con él! —gritó Melissa, saltando hacia el hombre y abrazándole.

Al levantar la vista, por encima de ellos y junto al puente, descubrió una figura humana.

—¡Florence Nightingale!

Red volvió la cabeza y preguntó:

—¿Qué dices?

—Arriba, Red, está allí.

Observaron a la dama de la linterna, es decir, al ser que iba disfrazado como la venerable y humanitaria figura histórica. Estaba en lo alto. Llevaba una pesada bolsa en una mano y una pistola en la otra, con la que les

encañonaba a los dos. Aquel ser comenzó a reírse, a reírse.

—Conque era usted, ¿eh? —gruñó Red.

—Sí, yo, yo. Muy bien, pelirrojo, muy bien; has acabado con el chimpancé. Ha sido muy valioso para mí, mucho. Pensaba llevarlo conmigo, pero no ha sido posible.

—Usted no es una mujer —dijo Melissa.

—No, no lo soy, aunque mi cabello largo es natural, lo mismo que su color. Cuando un hombre ya es viejo, se parece mucho a una mujer vieja. Hay que ayudar un poquito a que así sea y, en mi caso, el disfraz ha colaborado extraordinariamente.

—Pero ¿por qué, por qué todo esto? —le interpeló Red.

—Tengo que escribir un libro, tengo que hacer algo importante. Toda la vida he sido un chatarrero y, sin embargo, sé que puedo ser un escritor importante, alguien que merece el Pulitzer.

—¿Un chatarrero escritor? —se asombró Melissa.

—Sí, sí, escritor —dijo, cuando comenzaba a salir humo del interior de la bodega.

—¿Qué ha hecho al final, prenderle fuego al barco? —inquirió Red.

—Sí, será el término de la travesía. La verdad es que esperaba que fuera más larga, pero la tempestad la ha abreviado. Aunque se tenga todo muy medido, siempre surgen imprevistos.

Red Freeman comprendió que aquel ser demente iba a disparar contra ellos y luego, abandonaría el buque ardiendo, tendría alguna forma de escapar. Lo que había que hacer era ganar tiempo, prolongar el diálogo, porque cuando éste acabase, la vida también terminaría para ellos. Desde la distancia en que se hallaba, era prácticamente imposible que fallara sus disparos.

—Pero ¿cómo el chimpancé asesinaba en los momentos oportunos?

La falsa mujer sonrió, alzando el farolito.

—Esta ruedecita era la que lo manipulaba. El chimpancé tenía unos electrodos metidos en su cerebro, me costó mis buenos dólares el que un veterinario de circo se los colocara. Está prohibido, es inhumano, pero él lo hace y yo lo sabía. El veterinario hizo este trabajo por dinero, como siempre, claro.

—Era un chimpancé asesino, usted también corría un riesgo.

—¿Yo? —se rió—. Yo no, sólo tenía que mover la ruedecita de mi farolillo para enviarle ondas apaciguadoras y, al hacerlo al contrario, asesinaba. Estaba entrenado para hacerlo, yo mismo lo domé. Era muy irritable y peligroso, pero a mí me tenía miedo y justificado. Estos animales son mucho más inteligentes que un perro y, al fin, supo lo que le convenía.

—¿Y estuvo largo tiempo madurando este plan maquiavélico?

—Sí, mucho tiempo. Llegué a escribir tres novelas y me dijeron que les faltaba «garra», y que tampoco eran creíbles. Ahora tengo hasta cintas grabadas de los lamentos y de los gritos y muchas fotografías tomadas con película ultrarrápida con una maquinita que llevo conmigo. Todo estaba a

punto y lo he conseguido. Ahora, sólo me falta disparar y fotografiaros. Después, abandonaré el buque que arderá y yo lo fotografiaré a distancia.

Todo perfecto, con pruebas evidentes de lo sucedido a bordo.

—¿Y con todo eso, de veras piensa escribir un libro? —le preguntó Melissa.

—Sí, un libro terrorífico del que se editarán millones de ejemplares. Se venderá por todo el mundo, la gente está ansiosa de sangre y pagará gustosa por leerlo, por ver las fotografías e, incluso, se podrá adjuntar un cassette con las voces originales de las víctimas. Todo estaba muy calculado y ha salido bien, perfectamente bien.

—¿Y dice que compró este barquito para sus planes? —inquirió Melissa, siguiéndole el juego a Red. También ella había comprendido que cuando aquel asesino dejara de hablar, sería su fin.

Mientras, el humo que escapaba por puertas y respiraderos se hacía más denso, elevándose hacia el cielo.

—Sí, hace algún tiempo que lo compré y lo reformé para mis planes. Estaba seguro de que acudirían a mi fiesta de carnaval. Hay mucha gente que asiste a las fiestas sin preguntar mucho, lo que importa es hacerles saber que habrá gente importante en ella. Y yo cuidé los detalles, incluso hasta el de escogerles a ustedes, porque todos, por un motivo u otro, habían aparecido en la revista semanal que suelo leer. Fui escogiéndolos meticulosamente. Por sus declaraciones ya conocía su forma de pensar, sus deseos. Les preparé la trampa y cayeron en ella.

—Pero, eso es una estupidez. ¿Cómo piensa editar todo eso que ha recopilado, si le acusa a usted?

—Es cierto, me acusa. Yo haré que se edite la primera edición y cuando esté en marcha, cuando salga a la calle como mi confesión, me entregaré al juez. Seré más famoso que Charles Manson. Vendrán los juicios y toda la prensa me acosará, mientras mi ejemplar se venderá más y más. Seré famoso en todo el mundo, que es lo que siempre he deseado.

—¿No teme a la sentencia?

—¿La sentencia? —Soltó una brutal y desconcertante carcajada—. Si ya estoy sentenciado.

—¿Sentenciado? —Interrogó Melissa—. No le comprendo.

—Tengo un cáncer de estómago, avanzado. Es maligno y no operable. La última vez que me miraron me dieron a lo sumo seis meses de vida y ya han transcurrido tres. ¿No han comprendido aún que yo no tengo nada que perder? —Siguió riéndose—. Yo ya lo tenía todo perdido desde el principio, y necesitaba hacer algo grande para no morir en el olvido y la mediocridad. Sí, algo muy grande, ya lo he hecho y ahora sólo me falta rematarlo.

—Pero ¿qué ganará, matándonos?

—Estropear el *happy-end*, señorita, ese *happy-end* que todos exigen en las novelas. Esta vez no habrá final feliz, los dos quedarán tendidos en cubierta. ¿Por qué no se abrazan? Será más divertido cuando lo narre con detalle y,

además, vean la fotografía.

En aquel momento se produjo una explosión en las entrañas del barco, que los sacudió.

Aquel asesino que se había fingido mujer, también sufrió la sacudida, perdiendo, en parte, el equilibrio, y al tener las dos manos ocupadas no se pudo agarrar.

Red jaló de la mano de Melissa hacia la puerta que conducía al salón-bodega.

Cuando se metieron por ella, por la que salía abundante humo, escucharon un par de disparos tras ellos, pero los proyectiles no les alcanzaron.

Melissa comenzó a toser por el humo que brotaba del interior de la nave incendiada.

El asesino, recuperado, se aproximó a la puerta y gritó hacia la bodega: —¡Si no salís, moriréis abrasados ahí dentro!

—¡Mejor! —le respondió Red, tosiendo—. Así se fastidiará y no podrá fotografiar el final trágico.

El asesino se rió de nuevo.

—¡Da lo mismo! ¡Una foto más o menos no estropeará la «garra» de mi superventa, de mi best-seller mundial! —Y se alejó.

—¡Red, Red, me ahogo! —gimió la muchacha.

—Calma, Melissa, calma.

Había luz, pero el humo lo hacía ver .todo negro.

Red, tanteando, cogió uno de los ataúdes que estaba bastante entero; quizá el mismo que la propia Melissa utilizara para cruzar el salón-bodega, y cargó con el

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella tosiendo, llorándole los ojos.

—Sígueme, o aquí abajo nos abrasaremos.

Cuando salieron, Red vio cómo desaparecía por la borda una lancha neumática amarilla que debía haber sido inflada en aquel momento. Tras ella, con su bolsa herméticamente cerrada, se lanzó al agua el psicópata asesino disfrazado de vieja y venerable enfermera.

Desde cubierta, Red vio cómo el asesino alcanzaba la lancha neumática. Entonces le gritó:

—¡Con esto no contaba, amigo!

Y le lanzó el ataúd por encima de la baranda.

El féretro dio de lleno en la lancha, volcándola y metiendo al asesino en el agua..

Cuando volvió a salir, lo hizo desarticulado, desmadejado, sin vida. Y hacia el fondo descendía, lentamente, todo el material que ya no sería recuperado jamás.

—Está muerto —musitó Melissa.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué haremos, ahora?

—Marcharnos en esa lancha. ¿Te decides a saltar?

—¿No habrá tiburones, aquí?

—Es posible, pero hay que arriesgarse. Este barcucho arde cada vez más aprisa.

—Pues, abajo.

Saltaron al agua. Red alcanzó en seguida la lancha y ayudó a subir a la muchacha. El ataúd flotaba cerca de ellos y el cadáver del asesino, que no conocían, se hundió antes de que pudieran cogerlo.

El barco fantasma se fue alejando lentamente, cada vez más incendiado.

—Hay que remar hacia la playa —dijo Red, mirando el casco del barco que ni siquiera tenía nombre.

Había sido cubierto con pintura, como a la espera de volver a pintar un nuevo nombre sobre él.

Consiguieron llegar a la playa. Saltaron de la lancha y se lanzaron sobre la arena, extenuados y jadeantes

Bastante lejos de donde estaban, en medio del mar, el pequeño barco sacando ya no sólo humo sino llamaradas visibles porque la tarde caía, comenzó a hundirle, arrastrando consigo a las profundidades toda la tragedia que se había desarrollado dentro de él.

—¿Iremos a la policía, ahora?

—¿A la policía? —preguntó Red.

—Sí, para contarles lo ocurrido.

—Me temo que no nos iban a creer. Si ese barco desaparece bajo las aguas, va a ser difícil probarlo y tampoco sabemos cómo se llamaban nuestros compañeros de tragedia.

¿Te das cuenta de que, para nosotros, sólo eran unos personajes disfrazados, sin otro nombre que el disfraz que llevaban?

—Sin embargo, sabemos que el militar era el mayor Shoper y el juez se llamaba Lanroi...

—Sí, pero es largo, muy largo de explicar y contándolo, quizá no haríamos ningún favor a las víctimas y sí al asesino, cuyo nombre terminaría por descubrirse y saltar a las cabeceras de los periódicos, precisamente lo que él pretendía.

—Es cierto. Dejemos que, como castigo a su terrorífico plan para obtener la fama en su agonía, quede sepultado en el olvido.

—Yo tengo mucha hambre, Melissa, mucha hambre —dijo Red, mientras el barco dejaba de humear porque desaparecía bajo la superficie de las aguas.

—Creo que tengo algunos dólares por los bolsillos, aunque estarán mojados.

—Yo también.

—¿Dólares? ¿No te quitaron la cartera?

—Es que en la cartera jamás llevo el dinero.

Red se rió y ella le imitó, como queriendo olvidar así toda la tragedia vivida.

Cuando la joven quiso separarse, Red la retuvo con sus manos, la volcó

suavemente sobre la arena y la besó en la boca.

Melissa no quiso decirle, en aquellos momentos que comenzaba a vivir de nuevo y que era la primera vez en su vida, aunque pareciera extraño, que un hombre la besaba en la boca.

F I N

MORBO

UN MAGAZINE DE TERROR PARA PASARSELO DE MIEDO

Para los aficionados al Comic a los relatos terroríficos y al Humor Negro

DE APARICION QUINCENAL





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España